BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

BEN-LEIL
Ó
EL HIJO DE LA NOCHE

DRAMA DE ESPECTÁCULO, EN SIETE CUADROS

arreglo de los señores

D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ

Y

D. VICENTE DE LALAMA

Representado con éxito en los teatros de Madrid y Provincias, refundido nuevamente y puesto en escena en el Teatro de NOVEDADES el 12 de Abril de 1884.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1885

BEN-LEIL Ó EL HIJO DE LA NOCHE

3

BEN-LEIL
Ó
EL HIJO DE LA NOCHE

DRAMA DE ESPECTÁCULO, EN SIETE CUADROS

arreglo de los señores

D. MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ

Y

D. VICENTE DE LALAMA

Representado con éxito en los teatros de Madrid y Provincias, refundido nuevamente y puesto en escena en el Teatro de NOVEDADES el 12 de Abril de 1884.

MADRID: 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA

Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
JULIA FABELLI	Srta. Cobos.
GHÉBEL	Sra. González.
MIRTHA	Srta. Castillo.
FINGAL, esclava griega	» Medina.
FIAMETTA, criada	» Borja.
EL DUQUE DE SCYLLA / BEN-LEIL, pirata	Sres. Cirera.
EL CONDE DE ORBANI / EL VIREY	» Marín.
EL MARQUÉS DE MONTEFIORI / PIRATA 1.°	» Echevarria.
DONATO, siciliano	» Thuillier.
BRAVADURA, pirata	» Somoza.
GUISCA, pirata	» Bardo.
TOMASO	» Fernández.
PIRATA 2.° / UN PESCADOR	» Cordobés.
BEPPO, siciliano	» Belbel.

Damas, caballeros, piratas, soldados, marineros, pueblo, etc.

La escena pasa en Italia; el prólogo en 1503, el drama en 1523.

Los dos primeros cuadros forman el prólogo.

PRÓLOGO.

CUADRO PRIMERO.

La muerte de Scylla.

Las alturas del monte Posilippo, con monte practicable, derecha á izquierda; á la derecha, y sobre una colina, una capilla gótica, también practicable, así como en su subída. A la izquierda una cabaña en el primer bastidor que sobresale un poco en el teatro, con una ventana que dá frente al público, y al lado su puerta. El sol está próximo á ponerse: después la noche, iluminada por la luna. Habrá esparcidos por el teatro algunos matorrales donde ocultarse, pero sin que estorben la visual de la decoración. En las rocas del centro del teatro, habrá una boca ó precipicio, á la cual se sube por un sendero practicable. Al alzarse el telón, se verán cruzar por el monte varios paisanos que conducen sacos, arcas y otros objetos, y después soldados que los persiguen. Ghébel está sentada en un banquillo rústico de madera á la puerta de su cabaña, y con la mano hácia dentro figurando que mece una cuna.

ESCENA PRIMERA.

GHEB. (Mirando al fondo.) Dios mío! Tal vez han forzado los soldados el paso de la gruta de Posilippo, y los infelices aldeanos huyen llevando consigo cuanto de preciso pueden conservar, para librarlo de la rapacidad de las tropas de Federico! Sí, no hay duda; vedlos allí, perse-

guidos por sus opresores! Y quizá, dentro de poco, llegarán aquí y matarán á mis hijos!... (Mira dentro de la cabaña.) Mis hijos!... No tengo más que uno, gracias al cielo! Ese, el más débil, el más triste de los dos... No parece sino que presiente el porvenir que le espera!... Pietro, hijo mío, no crezcas más; quédate siempre niño para quererme; quédate siempre débil y enfermizo para que no puedas vivir sin mí. El otro, cómo se conoce que es un Scylla! Tiende sus manitas hácia mí con impaciencia... Quereis mandar ya? (Meciendo la cuna.) Vamos, dormid, hijos míos, dormid. (Sigue meciendo. Bravadura, que hace un momento salió por junto á la cabaña, ha escuchado las palabras de Ghébel, y se acerca; viene enmascarado y envuelto en una capa; se adelanta con precaución.)

ESCENA II.

GHÉBEL.—BRAVADURA.

BRAV. (Aparte, mirando hácia la cabaña.) Vamos, no me he engañado, cuando he observado por las rendijas de la puerta.

GHEB. (Levantando la cabeza.) Qué quereis?

BRAV. Yo? (Mirando por la ventana de la cabaña.) Admiro esos dos niños; qué hermosos son; ese, sobre todo. Tiene un aire extraño con ese mechón de cabellos blancos, mezclados con su negra cabellera.

GHEB. Ese niño es huérfano.

BRAV. No digo lo contrario!... Se parece mucho á los Scylla!... (Movimiento de Ghébel.) Vos debeis conocerlos; los Scylla del mechón de plata, llamados así, porque tienen una porción de cabellos blancos sobre su frente?...

GHEB. Seguid vuestro camino.

BRAV. No es verdad que es singular? Eso les proviene de un pacto que hicieron con Satanás. Por lo demás, yo no os cuento sino lo que se dice.

GHEB. (Levantándose, y procurando levantar su máscara.) Pero quién eres tú?

BRAV. (Deteniendo su mano.) Un instante, querida mía.

GHEB. Un hombre que se oculta?... Entónces no debe de estar lejos el conde de Orbani.

BRAV. Tan lejos como la sombra de su cuerpo.

GHEB. O como el puñal de su mano.

BRAV. No os irriteis, mi leona. El conde de Orbani es un padre excelente; va á venir para abrazar á su hijo... vuestro querido Pietro. Qué mal hay en eso?

GHEB. (Poniéndose entre él y la puerta.) Vete.)Abrazar á su hijo!... Si Dios le inspirase un día ese deseo, mi mayor placer sería arrebatarle tal dicha!)

BRAV. (Qué bella es esta mujer!)

GHEB. (Viene tal vez á robármele! Que venga! No me habrá llamado en balde este hombre leona...) (Corre la cuna, y la mete más adentro en la cabaña.)

ESCENA III.

DE ORBANI. – BRAVADURA, y dos peregrinos por la derecha.

BRAV. (El conde!)

ORB. Y bien?...

BRAV. El hijo de Scylla está allí.

ORB. Ya sabes lo que tienes que hacer... Yo entretendré á Ghével. (Bravadura desaparece tras de la cabaña. De Orbani hace una seña y aparecen dos peregrinos.).

ESCENA IV.

DE ORBANI.—Los peregrinos. Después GHÉBEL.

ORB. (Yendo á la cabaña y gritando.) Eh!... No hay nadie!

GHEB. (Apareciendo á la puerta.) Qué se ofrece?

ORB. (Fingiendo admirarse.) Eres tú, Ghébel?

GHEB. No; soy la guardiana de la capilla; la mendiga

que vive de la limosna de los peregrinos, y que bendice á Dios, porque no tiene que comer de tu pan, conde de Orbani.

ORB. Cuán cruel eres!

GHEB. Qué me quieres?

ORB. Aquí tienes esos piadosos peregrinos, que esperan impacientes por entrar en la capilla... Dales la llave del santuario. Esta vez, al ménos, te pagarán bien.

GHEB. (Dando la llave á los peregrinos.) Aquí la teneis. (Los peregrinos entran en la capilla.)

ESCENA V.

DE ORBANI.—GHEBEL.

GHEB. Te atreves á venir por estas rocas, cuando se habla de atacar el Posilippo?

ORB. Eres ingrata, Ghébel! Olvidas que soy tu mejor amigo?

GHEB. Amigo de la mujer que has abandonado!

ORB. Te juro...

GHEB. Dejadme, yo no os pido nada, ni áun vuestras protestas de piedad! No tengo para vos ni cólera ni odio. No tengo más que desprecio. (Se dirige hácia la cabaña.)

ORB. (Deteniéndola.) Ghébel!

GHEB. Quereis saber lo que pienso de vos? Voy á decíroslo. Conde de Orbani, habeis venido aquí para cometer alguna acción infame... Demasiadas espadas brillan al sol, para que no haya también puñales en la sombra. Decidme, qué buscais? A qué hombre debeis herir en su fortuna, ó á qué mujer en su honor? Vamos, hablad.

ORB. Soy un servidor fiel del rey, y vigilo para que los traidores sean castigados.

GHEB. Los traidores?... Y vienes á buscarlos en esta capilla?

ORB. (Observando á Ghébel.) Busco á Scylla. (Movimiento en Ghébel: pausa.) A qué hora le esperas?

GHEB. Yo no espero á nadie! (Con enfado.)

ORB. A nadie?... Más vale así... (Acercándose á ella, y tratando de halagarla.) Estás aún irritada por mi abandono? Nuestro amor era una debilidad, pero nuestra alianza puede ser una fuerza. Quieres seguir mi camino, quieres engrandecerte conmigo?... Bien sabes que te conozco, conozco tu corazón... corazón inquieto, celoso, combatido por mil tumultuosos pensamientos, ardiendo de cólera y de envidia... Hé aquí lo que eres; tú sabes lo que yo soy; así seremos más fuertes sin amor.

GHEB. Cuál es vuestro objeto?

ORB. Tengo uno hace dos horas.

GHEB. Cuál?...

ORB. He resuelto casarme.

GHEB. Podeis hacerlo; sois libre.

ORB. Este casamiento debe asegurar el porvenir de nuestro hijo.

GHEB. (Con amargura.) De nuestro hijo! Mirad, Orbani; quizás no habeis recordado al hijo sino porque vais á pedir una infamia á la madre.

ORB. Teneis muy mala opinión de mí, señora!

GHEB. Os prevengo que preferiré mil veces abrir mi fosa con las uñas, qué prestarme en nada á vuestra ambición.

ORB. No. Cuando se está muy cerca del sol, no se vé bien.

GHEB. Tienes razón; te arrastras como la serpiente; es muy natural en tí!

ORB. (Con cólera.) Arrastrarme... (Conteniéndose.) Sea; pero me arrastro de modo que no me pisen. Eso es lo que he hecho hace un año... sobre todo, la noche del 11 de Julio... la noche en que fuiste madre.

GHEB. Te atreves á hablar aún de esa terrible noche?...

ORB. Un hombre entró furtivamente en tu cabaña... entreabrió su capa, bajo la que ocultaba un niño recién nacido... y te pidió que lo criases con el tuyo.

GHEB. Tú viste...

ORB. El extranjero desapareció. Debía volver... Va á venir...

GHEB. Oh!

ORB. Dentro de dos horas, estará aquí con su querida.

GHEB. Mientes!

ORB. El hombre se llama Scylla... Scylla el proscripto. Su cabeza está pregonada, y se le puede matar sin temor. Qué dices?

GHEB. (Miserable!)

ORB. En cuanto á la mujer, es otra cosa; es bella, rica, de alto linaje y varonil como las hijas de la Calabria. Se llama Julia Favelli.

GHEB. Qué me importa su nombre?

ORB. Hija del Gran Canciller, uno de los partidarios más fanáticos de Fernando V.

GHEB. (Señalando á la capilla.) Comienzo á comprender por qué están allí esos dos hombres.

ORB. Tanto mejor, con eso me ahorras el trabajo de decírtelo. (Deteniéndola.) Concluyo. Julia se ha fugado esta noche, dejando por despedida á su padre, la revelación de su vergüenza.

GHEB. Imprudente!

ORB. Yo estaba junto á Favelli cuando leyó la carta. Primero guardó silencio; después me la dió, diciéndome: «Doy de dote á Julia Favelli doscientos mil ducados: si el dote y la hija te convienen, tráeme la cabeza de Scilla y son tuyos...» La oferta me convenía, he aceptado, y aquí me tienes...

GHEB. Insensato! Crees que Scylla se dejará sorprender como un niño?

ORB. Que muera como un león. El modo importa poco; Ghébel! que nuestro hijo... nuestro hijo... entiendes?... Quieres que un día sea él solo más rico que toda la nobleza de Nápoles?... Que reuna en su frente la doble corona de Favelli y de los Orbani?... Que sea igual á los príncipes, igual á los grandes y que desde la Calabria hasta la tierra de Otranto, pueda caminar cuatro días sin dejar sus dominios?

GHEB. (Vivamente, tomándole las manos.) Harías tú eso, de Orbani? Lo harías por nuestro hijo?... Ah! toma toda mi songre, gota á gota... Tómala y hazlo!

ORB. Tu ambición ruge á su vez, está bien. (Bajando la voz.) Julia no conoce á su hijo.

GHEB. Y qué?

ORB. En lugar de Donato le presentas á Pietro, y nada más.

GHEB. (Retrocediendo.) Ah!

ORB. Pierde cuidado; ella lo amará como á su hijo.

GHEB. (Infame!)

ORB. Tú serás su nodriza. Siendo su madre, no harías de él sino un pastor, un mendigo, un bandido tal vez, que te maldeciría. Siendo su nodriza, harías de él más que un noble, harás un príncipe poderoso!

GHEB. Ni una palabra más; rehuso seguir tus consejos.

ORB. Hablas así, porque aún no has reflexionado.

GHEB. Jamás! Jamás!

ORB. Y sin embargo, se cumplirán mis deseos.

GHEB. Ah! Quieres separarme de mi hijo!

ORB. He dicho que se cumplirán. (Haciendo un movimiento.)

GHEB. Tú no sabes lo que es una madre. (Pónese delante de la puerta.) Ven por él, si te atreves. (Bravadura aparece en el fondo, ocultando al niño debajo de su capa. Se oculta detrás de un arbol.)

ORB. (Bravadura!) (A Ghébel, con calma.) Había previsto tu negativa.

GHEB. Antes me matarás en el dintel de esta puerta.

ORB. Quieres que te obligue á ser mi cómplice? Pues bien, sea.

GHEB. No te temo.

ORB. Vé á registrar la cuna.

GHEB. (Precipitándose en la cabaña.) Ah!

BRAV. (A de Orbani.) Qué hago de él?

ORB. Lo que quieras. (Bravadura desaparece.) Vamos; ha sido ménos dificil de lo que yo había creido.

GHEB. (Corriendo.) Robado! Infames! Lo han robado! (A de Orbani.) A dónde está Donato? Qué has hecho de él?...

ORB. Pregúntaselo á esa especie de bandido con quien hablabas hace poco.

GHEB. Pero eso es infame!

ORB. La mitad de la obra está ya hecha, la otra mitad á tí te corresponde.

GHEB. Publicaré tus crímenes por todo el mundo.
ORB. Diré que tú eres mi cómplice.
GHEB. No te creerán. Después de haberme hecho víctima de tus vicios, quieres también hacerme cómplice de tus crímenes.
ORB. Mi cómplice!... Dí más bien la asociada de mi fortuna.
GHEB. Ah! Me comprometes al fin! Ten cuidado, porque mañana, tal vez, seré yo quien te precipite.
ORB. Obedeceré. (Sonriendo.)
GHEB. Todo por mi hijo! El cielo para él, el infierno para mí; aquí tienes mi mano.
ORB. Bien te has hecho rogar! Escucha. (Va á mirar.) Es Julia!... (A Ghébel.) Cuento contigo!
GHEB. (Resueltamente.) Contad. (Orbani entra en la capilla. Llega Julia acompañada de Tomaso, por la derecha)
JUL. (Bajo á Tomaso.) Dentro de poco vendrá aquí el duque de Scylla á reunirse con el marqués de Montefiore. Id á avisarlo á nuestros amigos, (Tomaso se aleja.)

ESCENA VI.

GHEBEL.—JULIA.—FAVELLI.

JUL. (Yendo á Ghébel.) Vos debeis ser la mujer que busco. Os llamais Ghébel?
GHEB. Sí señora.
JUL. Yo soy Julia Favelli. Bendita seais vos que lo habeis alimentado con vuestra sangre! Dónde está? Dónde está mi hijo, Ghébel?... (Deteniéndose.) No, no, esperad un momento; tengo miedo al abrazarle!... Debe parecerse á su padre, no es verdad?...
GHEB. Señora...
JUL. Oh! Sí, sí, sí, así debe ser... Quiero tanto á mi hijo!... Ah! Estoy loca... me ahoga la alegría... Tú debes comprender esto, porque tú también eres madre... Me enseñarás á tu hijo?
GHEB, (Temblando.) Mi hijo!

JUL. Sin duda; lo quiero ya... No es el hermano de leche de mi Donato? Cómo se llama? Es un niño, no es verdad? Vamos, abrazaré á los dos á la vez!

GHEB. (Bruscamente.) No hay más que uno!

JUL. Gran Dios!... Ha muerto mi hijo!...

GHEB. No!

JUL. (Tomándola la mano.) Desdichada!

GHEB. Ya no tengo hijo!

JUL. Pobre madre! Y yo que te hablaba de él! Hubiera debido adivinarlo en tu palidez... Pues bien, juntas lo lloraremos; tú no abandonarás á Donato, que es tu hijo también.

GHEB. Señora...

JUL. Yo te le dejaré... Se dormirá y despertará en tus brazos, y sus caricias te consolarán del ángel que has perdido.

GHEB. (Cielos!)

JUL. El te querrá como á mí, porque tú serás también su madre.

GHEB. (Vivamente.) Oh! sí, sí, sí, su madre! (Llegan muchos señores por la izquierda, entre ellos Scylla y Montefiore. Por el lado opuesto viene Tomaso, seguido de caballeros armados.)

ESCENA VII.

DICHOS.—SCYLLA.—MONTEFIORE, caballeros.

SCY. Señores, os presento á Julia Favellí, que será ántes de una hora duquesa de Scylla... Os presento á mi esposa. (La saludan.)

MONT. (Saludándola.) Señora, todos sabemos el interés que os tomais en el éxito de nuestras empresas. Los hombres triunfan, cuando las mujeres esperan. Ellos son fuertes, cuando éstas los animan en su fuerza. Gracias, señora, gracias.

JUL. (Bajo á Scylla.) Os esperaba, monseñor, para que abrazásemos juntos á nuestro hijo.

SCY. (Con dulzura.) Vé; dentro de poco te seguiré. Mi presencia aquí es aún necesaria. (La conduce á la cabaña. Julia entra, Ghebel la sigue.)

ESCENA VIII.

SCYLLA.—MONTEFIORE.—TOMASO, los caballeros.

SCY. Señores, he recorrido la provincia. Desde luego, Federico de Aragón será derrotado ántes de un mes por los ejércitos reunidos de España y Francia, y nosotros no haríamos sino cambiar de amo. Adelantémonos, pues. Sublevemos á Nápoles y la Sicilia y no será un pueblo de esclavos con quien tengan que combatir Gonzalo de Córdoba y el general francés, sino con un pueblo libre, batiéndose por su independencia. Hé aquí por qué os digo: hagamos libre á Nápoles, para poder luchar mejor contra el extranjero.

MONT. Las tropas de Palermo nos faltarán. Montecorvino, su jefe, pide, para avanzar, que el Castillo Nuevo sea nuestro.

SCY. Es muy justo. La artillería del Castillo no dejaría uno vivo.

MONT. Ellos son diez mil, y diez mil hombres ménos...

SCY. (Interrumpiéndole.) Esta noche estará en nuestro poder el Castillo Nuevo. Tengo en la plaza hombres adictos... tengo más, tengo un auxiliar terrible... el hambre!

TODOS. Cómo!

SCY. Soldados sin pan, hombres vencidos. Hé hecho distribuir dinero á los más hambrientos, que irán á proveerse á los mercados vecinos. Durante su ausencia se intenta un doble ataque. Entónces... veis aquel monte?... Si la empresa sale bien, nos lo avisarán por medio de una hoguera.

MONT. Pero Montecorvino está al otro lado del Posilippo. Cómo le advertiremos el éxito?...

SCY. Por el rumor del ataque. No olvideis que la victoria consiste en nuestros esfuerzos reunidos, y en la prontitud de nuestros movimientos.

MONT. Nosotros veremos la señal desde el sitio donde nos ocultemos.

SCY. (Después de haber reflexionado.) Apenas aparezcan

las llamas, tres arcabuzazos (Toma una escopeta.) resonarán en las montañas y no tardaré en reunirme con vosotros.

MONT. (Estrechándole la mano.) Dios vele por tí!

SCY. Dios vele por Nápoles; un país que cae, no vuelve á levantarse... á un hombre que muere, le reemplazan diez... Viva Nápoles!

TODOS. Viva! (Hace un momento está Julia en escena.)

ESCENA IX.

DICHOS.—JULIA.

JUL. (Levantando las manos al cielo.) Oh, sí, viva Nápoles, Dios mío; pero no dejeis á mi hijo huérfano!

SCY. (Volviéndose.) Julia?

JUL. También las mujeres concluirán por morir; entre tanto, ruegan.

SCY. Amigos míos, inclinémonos; la duquesa de Scylla debe bendecir nuestras espadas. (Todos sacan sus espadas.)

JUL. (En medio de ellos.) Yo arrostraré con frente serena los peligros que vais á acometer; Scylla es digno de mandar á héroes como vosotros. Seguid, pues, su bandera! Luchad! Nápoles libre, ó el último napolitano envuelto entre sus ruinas!

TODOS. Sí, sí!

JUL. (Extendiendo las manos.) Ahora, que el Eterno haga descender por mi voz la victoria sobre vosotros, y bendiga vuestras armas por mis manos. Id.

SCY. (A sus amigos.) Apresuráos! La señal no se hará esperar.

MONT. Tres arcabuzazos.

SCY. Tres, yo me encargo de ellos. (Se alejan todos menos Tomaso.)

TOM. (A Scylla.) Yo velaré á la entrada del barranco para que no nos sorprendan.

SCY. Sí, mi fiel Tomaso.

TOM. Y sin embargo, siento dejaros; á cada instante

podeis ser reconocido... sobre todo, en ese mechón blanco que revela demasiado vuestra raza y vuestro nombre.

SCY. Es verdad: esta señal dirá que soy el mayor de los Scylla... Vive Dios que es bello título y le puedo enseñar con orgullo.

JUL. Tomaso tiene razón, mi querido Scylla, entremos en casa de Ghébel.

SCY. (A Tomaso.) Tù vendrás á reunirte conmigo cuando oigas el segundo tiro, y partiremos juntos. (Tomaso se aleja; en este momento aparece Ghébel en el dintel de la cabaña.)

ESCENA X.

SCYLLA.—JULIA.—GHEBEL.

SCY. (Tomando las manos de Julia.) Oh! mi querida Julia! Al fin estamos solos! Ya puedo darte toda mi alma en una mirada.

JUL. Scylla!

GHEB. (Cuanto la ama!)

SCY. (A Julia.) Ahora soy todo tuyo; todo de mi hijo! (A Ghébel que está toda absorta.) Está preparada la capilla, Ghébel? Ghébel!

GHEB. (Saliendo bruscamente de su distracción.) Monseñor?

SCY. En qué diablos piensas?

JUL. (Bajo á Scylla.) Sin duda pensaba en el hijo que ha perdido.

SCY. (Con interés.) Infeliz. (A Ghébel.) Está preparada la capilla, hija mía?

GHEB. Sí, monseñor.

SCY. He mandado que venga el limosnero del convento de San Estéban.

GHEB. Va á venir.

SCY. Ya sé que vivís de las limosnas de los penitentes que vienen de la montaña. (Dándole su bolsa.) Esta es la mía y la de Julia, porque ella y yo somos penitentes.

GHEB. (Tomando la bolsa.) Gracias, monseñor. (No, nada para mí; nada!) (Arroja la bolsa.)

SCY. Venid, Julia, venid.

GEHB. (La fatalidad lo exige) (Desaparece llevándose el arcabuz. Scylla, durante este tiempo, se dirige con Julia hácia la capilla. De Orbani y dos hombres armados aparecen en el dintel.)

JUL. (Retrocediendo.) Ah!

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES.—DE ORBANI.—Dos hombres armados.

SCY. Ira de Dios! Mi arcabúz! Se lo han llevado!... (Los hombres procuran apoderarse de él.)

ORB. Un paso, un grito, y sois muerto!

JUL. (Arrojándose delante de Scylla.) Ah!

SCY. (Rechazándola.) Déjame! (Se vé una luz en la montaña.)

JUL. No vés que te matarán, Scylla, y tú debes vivir aunque no sea más que un momento; aunque no sea más que para dar la señal que tus amigos esperan!.. Mira la columna de fuego que ilumina la cima de la montaña!

SCY. Dios mío! (Lánzase hácia la roca del fondo, y mira.) Sí, esa es.

ORB. (A Scylla.) Puedes escoger tu muerte, Scylla; detrás, trescientos piés de precipicio; delante, enemigos implacables y resueltos.

JUL. (A De Orbani.) Oh! Favor! Favor!

SCY. (Desesperado.) Sí... sí... Esa es la señal!... Y los otros que esperan!...

ORB. (A Julia enseñándole un escrito.) Reconoceis esta firma?

JUL. La de mi padre!

ORB. (A Julia) Da su consentimiento á mi unión con Julia su hija.

JUL. (Tomando el papel.) Yo vuestra mujer?... Jamás... (Se lo devuelve.)

SCY. (A sí mismo.) Tres tiros!... Pero cómo?... Por quién? Y no hay una arma, Dios mío!

2

ORB. (A Julia.) Si quieres ser mi mujer, tu amante vivirá.

JUL. Nunca, al precio de una cobardía!

ORB. Quieres?

JUL. No; moriré con él!

ORB. (A uno de los hombres.) Pietro, fuego! (El hombre obedece.)

SCY. Ah! Dios me ha oido! (Vacila y se sostiene en la roca.)

JUL. Ah...

SCY. (Incorporándose.) Uno!

ORB. (Deteniendo á Julia que quiere lanzarse hácia Scylla.) No temas, han obedecido mis órdenes; no está más que herido.

JUL. (Retrocediendo) Horror! Horror!

ORB. Aun podeis salvarlo; quereis?

JUL. (Delirante.) Sí, sí!...

SCY. (Incorporándose.) No, Julia y la Pátria?

JUL. No tengo valor para verte asesinar ante mis ojos!

SCY. Nápoles es nuestra madre!... Salva á tu madre, Julia, aunque sea á precio de la sangre de tu amante.

ORB. (A Julia.) El sacerdote nos espera, sígueme.

JUL. Jamás!

ORB. (Al otro hombre.) Fuego! (El otro hombre obedece; Scylla cae de la roca.)

JUL. (Precipitándose hacia él) Ha muerto! (Levantándolo) Scylla! Sycllal!

SCY. (Apoyado sobre ella y moribundo.) Dos!

JUL. Ah! Moriremos juntos!

ORB. (Tomando un arcabuz.) Julia, me ha reservado su muerte!

JUL. (Enlazándo á Scylla con sus brazos.) Pues bien, á los dos.

ORB. (A Julia.) Obedeces á tu padre?

JUL. No!

ORB. (Apuntando.) Entónces al corazón!

TOM. (Saliendo y matando á de Orbani de un tiro.) Sí, al corazón, miserable!

ORB. (Cayendo.) Condenación!

SCY. (Estrechando las manos á Tomaso.) Ya puedo morir. (Debilitándose por grados.)

JUL. (Poniéndose á sus piés.) En qué momentos, Dios mío!

TOM. (A Scylla.) Ah! Pobre amo mío!

SCY. (A Julia.) Vivirás para nuestro hijo... (Dándole unos papeles.) Aquí tienes su herencia... Mi último pensamiento á vosotros dos. (Volviéndose hácia el fondo.) A tí, mis últimos votos, Nápoles. (Oyese el tambor y tiros.) No me lloreis... mi muerte ha servido de señal para la libertad de mi país!... Adios! (Muere; aparece Ghével.)

JUL. Muerto! Tu hijo será digno de tí, Scylla. (A Ghével.) Ghébel!... Vé á buscarme al huérfano, vé á buscar á mi hijo!

GHEB. (Su hijo!... Si el mío llegase á querer á esta mujer!)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

La cuna.

Una isla. Al fondo rocas dejando ver el mar por entre una de sus aberturas. En el último término, se descubren los palos de un navío en reparación.

ESCENA PRIMERA.

BRAVADURA.—GUISCA.—PIRATA 1.º y otros varios PIRATAS comen y beben, unos sentados por el suelo; otros encima de un trozo de roca. Otros guisan á estilo militar.

BRAV. (Comiendo.) No señor, no es un lujo comer un poco después del trabajo que hemos hecho. Yo por mi parte, he cortado dos árboles y los he cuadrado hoy mismo. Y luego se atreven á decir que no ganamos nuestro dinero!

PIR. 1.º Imbéciles! Bajo pretexto de que somos piratas y lo tomamos!

BRAV. Quién es el que no toma algo en este mundo? La forma está en el modo de tomarlo, y nada más. (Comen. Llega Guisca con el fusil á la espalda.)

GUISCA. (Dando un cuervo á los que están guisando.) Tomad, he ahí toda la caza que he podido encontrar.

BRAV. Un cuervo! Debe de estar muy duro! (Al pirata que lo echa en el caldero.) Con plumas?

PIR. 1.° Así hará mejor caldo!

GUISCA. Quéjate todavía!... Cuando tenemos que reparar lo más pronto posible el brick, si no queremos vernos obligados á echar suertes para comer costillas! Qué desastre ayer noche! Qué tempestad!

BRAV. Ese animal cree que la vida es un jardín de flores. (Rien)

GUISCA. Os reis sin tener en cuenta que nuestro brick está hecho pedazos y muerto el capitán.

BRAV. Qué nos importa el capitán, ni su recuerdo! (Riendo.) Un hombre que vendió á su mujer antes de ser de los nuestros... Quereis que os recuerde una de sus más célebres canciones?

PIR. 1.° (Interrumpiéndole.) Déjate de canciones y cuéntanos tu historia, que debe ser más interesante.

BRAV. Mi historia os va á hacer bostezar... Mirad, ya comienza Guisca.

GUISCA. Dame una corteza y así no bostezaré. (Bravadura corta un pedazo enorme de pan y Guisca se pone á comer.)

BRAV. Os contaré una cosa rara que me ha pasado estos días.

GUISCA. (Con la boca llena.) Bah!... Hay tiros, hay broma larga?

BRAV. No.

GUISCA. (Comiendo.) Entonces es una historia de amor.

BRAV. Tampoco.

GUISCA. Diablo!

BRAV. Yo me he preguntado siempre, si una buena acción valía más que una mala.

GUISCA. Todas las acciones son buenas cuando no perjudican á los que las hacen.

BRAV. He hecho yo entónces una buena acción?

GUISCA. (Levantándose.) Cuándo?

BRAV. Hace tres días.

GUISCA. En Nápoles?

BRAV. En Nápoles; buscaba si caía algo que hacer, cuando el conde de Orbani...

GUISCA. El conde de Orbani? Pues no ha muerto?

BRAV. Sí.

GUISCA. Y el duque de Scylla también?

BRAV. También.

GUISCA. Y Nápoles está en poder de los franceses?

BRAV. Qué tienes tú que saber? Te importa eso algo?

GUISCA. Es verdad. (Comiendo.) Continúa.

BRAV. El conde de Orbani se llegó á mí, y me dijo: «Escucha, bandido!» Es un nombre amistoso que él me daba. «Quieres ganar cien escudos de oro? Ningún hombre tiene el derecho de retroceder ante cien escudos de oro.» Sí, le respondí, llevando la mano á mi cuchillo. Ya sabeis que éste es mi gesto de costumbre. «Hay que robar un niño, añadió.» Soy vuestro hombre. Vamos. Llegamos al Posilippo, y me enseñó una cabaña, cuya ventana entreabierta daba á un barranco. Me deslicé por allí, y cogí el niño.

GUISCA. Ah!

BRAV. (Continuando.) Me fuí hacia la montaña, y luego por los bosques, para no ser cogido por los insurrectos. El chico me incomodaba bastante, atado como estaba á mis espaldas, á la manera que los llevan los salvajes. Veinte veces pensé abandonarlo en medio del camino; pero mi conciencia charlaba tan alto, que no me atreví. «Qué te ha hecho ese niño, me decía, para que lo abandones? No vale más que le des ahora mismo pasaporte para el otro barrio?» Dicho y hecho. Cojo al chiquillo por los piés, y ya iba á hacer una atrocidad, cuando sus brazos se enlazaron á mi cuello, y empezó á hacerme caricias.

GUISCA. El bribonzuelo parece que había comprendido...

BRAV. Me quedé confundido. Lo miré y se puso á sonreir. Bueno, bueno, le dije, tú quieres vivir... y vivirás... La noche se acercaba, y suponiendo que el niño deseaba dormir, le cubría

con mi capa, y le coloqué al pié de una encina...

GUISCA. Bien hecho.

BRAV. Me tendí á su lado, pero la noche era fresca y echaba de menos mi capa. Al día siguiente, ví un enorme tronco medio carcomido por la lluvia. Bueno, me dije, con una ó dos cuchilladas, hago una cuna y recobro la capa. Dicho y hecho. Hago la cuna, la lleno de hoja secas, y meto el chico dentro... El pícaro no se movía, y dormía como el pájaro en su nido. Tres días después salí del bosque y entré en Nápoles. La soledad había cambiado mis ideas. Ví en el puerto un brick español de trescientas toneladas. Me deslicé en él como pude, y coloqué el tronco de encina con el niño sobre la cubierta del buque. Al dejarlo allí, lloré como un idiota... Yo hubiera querido bien á aquel bribonzuelo.

GUISCA. Ya lo creo, pero en tu lugar yo, lo hubiese guardado.

BRAV. De veras?

GUISCA. Eh! Sin duda! Los chicos se venden muy bien en el mercado de Túnez

ESCENA II.

LOS MISMOS.—PIRATA 2.º

PIR. 2.º (A lo lejos.) Hola! Camaradas!

BRAV. Aborda.

PIR. 2.º (Apareciendo.) Cuándo nos vamos?

BRAV. En cuanto el brick esté listo.

GUISCA. (Subiendo á la roca.) (Veremos quién toma el mando ahora que no tenemos capitán.)

BRAV. Está remendada la vela del mastelero?

PIR. 1.º Sí.

BRAV. Entonces vámonos á bordo. (Cañonazo. Movimiento general.)

GUISCA. (En lo alto de una roca.) Un cañonazo de socorro! (A Bravadura.) Eh! Es un brick que corre viento atrás, como alma que lleva el demonio.

BRAV. Qué pabellón?

GUISCA. Español. No durará mucho tiempo en ese estado.

BRAV. Buque de guerra?

GUISCA. Mercante... de trescientas toneladas, poco más ó menos.

BRAV. Trescientas toneladas? (Sube á la roca. Cañonazos.)

GUISCA. (Bajando.) Bah! Mal de muchos, consuelo de sábios.

BRAV. (Mirando con el anteojo.) Mis presentimientos no me habían engañado; es el brick donde deposité al chico.

GUISCA. Pues lo que es ahora, maldita la suerte que tiene el galopín... Con una ó dos andanadas como esa, pronto tendrán más agua que pan.

BRAV. (Dando un grito.) Ah!

GUISCA. Qué?

BRAV. Que se va á pique!... Y para eso me he descrismado yo por él! Mejor hubiera hecho en guardarlo.

GUISCA. Para qué? Los chicos siempre gritan, y no nos hubiese dejado dormir. (Vuelven los piratas. Noche graduada.)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—PIRATA 1.° y 2.°

PIR. 1.° Voto á mil bombas! Venid. (A Guisca y á Bravadura.) Y vos? (A Guisca.) Y tú, sobre todo, qué haces ahí? Vamos, á trabajar, que hacen falta brazos!... Vamos!

GUISCA. Con quién hablas tú?

PIR. 1.° Contigo. Cuando el brick esté listo necesitaremos un capitán, y como yo soy el más antiguo...

GUISCA. Hola! Tú mandas ya? (A los otros.) No veis esto? (Todos se agrupan.) Por el cielo! Mejor quiero que me den una docena de palos que obedecer á ese bribón! (Ruido de voces.)

PIR. 1.° El primero que quiera revelarse le envío de cabeza á esas rocas. (Disputan entre sí.)

BRAV. (Mirándo al mar.) Qué veo! Será posible! (Mirándo con atención; corre hácia el fondo de la roca, para asegurarse de lo que ha visto; durante esté tiempo, altercan Guisá y los piratas.)

PIR. 1.º En primer lugar, yo llevo veinte años de servicio y á mí me pertenece el mando.

GUISCA. Yo he dado caza á más corbetas y he echado á pique más navíos que pelos tienes en tu cabeza!

PIR. 2.º Y yo he...

GUISCA. Quita tú! Valiente capitán harías!

PIR. 1.º (Sacando su cuchillo.) Mil bombas! El que tenga la piel más dura será entónces el que mande!

GUISCA. Mi hacha!

PIR. 1.º Mi rompe-cabezas! (Se arroja cada uno sobre las armas.)

BRAV. (Deteniéndolos.) Desgraciados! Escogeis el momento más crítico para asesinaros? Mirad todo lo queda del brick que acaba de irse á pique! Mirad! (Se vé llegar el tronco de un árbol hueco como figurando una cuna.)

TODOS. Una cuna!

BRAV. Sí!... El niño que yo he salvado, y que Dios salva á su vez como salvó á Moisés!

TODOS. Ah!

BRAV. Ved cómo se serena el mar para conducirle!... Viene hacia nosotros!

GUISCA. Está dormido.

TODOS. Dormido!

BRAV. Calláos! Vais á despertarle! (Se lanza hacia el mar.)

GUISCA. Dejad á Bravadura...

BRAV. (Trayendo la cuna y poniéndola en medio de la escena.) Dios no habrá hecho un milagro para nada. . Quereis que este niño sea nuestro?

TODOS. Sí.

BRAV. Jurais dar vuestro pan, vuestra sangre y vuestra vida por él?

TODOS. Lo juramos!

BRAV. Quereis que un día sea nuestro capitán?

TODOS. Sí!

BRAV. Pues bien, demos gracias á la Providencia que

nos envía este niño, que con el tiempo ha de ser nuestro capitán. Sea él, el heredero de nuestro brik. (Todos se arrodillan alrededor de la cuna.)

BRAV. La noche le ha protegido y conducido hacia nosotros; desde hoy le llamaremos Ben-Leil, el hijo de la noche! Viva Ben-Leil!

TODOS. Viva!

FIN DEL PRÓLOGO.

CUADRO TERCERO.

La plaza pública en Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

VENDEDORES.—BRAVADURA.—FINGAL.—GUISCA.

BRAV. (Mirando á su alrededor.) El cielo lo confunda! Hace cinco horas que andamos buscáudole, y no lo encontramos!

GUISCA. Ya aparecerá!...

BRAV. Ese chiquillo nos va á dar que sentir.

GUISCA. Un muñeco, del que hemos hecho nuestro capitán, y que se llama Ben Leil...

BRAV. (Mirando.) Ah!

FING. No, no es él. Le reconocería entre mil. Además, creedme, él se os escapará.

BRAV. Escapársenos! Por supuesto! Y quién me pagaría tantos meses de manutención? Ya está hecho á nuestras costumbres.

FING. Sí, él es primero en el fuego, y el último en el pillaje.

GUISCA. Eso es verdad.

FING. Lo que quiere en el combate es la gloria. Se bate por batirse y dar pruebas de su valor.

BRAV. Entónces está en su elemento.

FING. Tiene la bravura del león y el alma de un poeta... Os lo digo, se os escapará. (Ah! por qué le he amado!)

ESCENA II.

DICHOS.—DONATO, precedido de algunos hombres del pueblo y un PESCADOR.

PESC. (Al pueblo.) Venid, venid, van á ahorcar al pirata *Benelli*.

GUISCA. (Eh! Es de él de quien hablan?) (Bravadura le contiene.)

DON. (Al pueblo.) Sí, sí; ahorcad en efigie á ese miserable, mientras yo os le entrego vivo para que le colgueis de la horca más alta de Sicilia.

FING. (A Bravadura.) Miserables!

GUISCA. Bribones! (Bravadura los contiene.)

DON. Mañana salgo al mar, y vive Dios, que si se me escapa, le perseguiré hasta el fondo de su guarida.

BRAV. (A Guisca.) No tiene el mocito pocas pretensiones, que digamos!

PUEBLO. A la horca! A la horca! (Se alejan, gritando.)

BRAV. (A Guisca.) Dejadlos, ellos la pagarán tarde ó temprano. Vamos nosotros á buscarle; tal vez estará por el muelle... por esa callejuela... (Se alejan por la derecha, primer término.)

(Gritos dentro.) Abajo el pirata! Muera Benelli!

ESCENA III.

DONATO.—JULIA.—GHEBEL.—BEPPO.

DON. (A Julia.) Madre mía, es el pirata Benelli, á quien esas gentes quieren ahorcar en efigie!... Están exasperados contra ese bandido desde su último crímen.

JUL. (A Donato.) Crímen horrible! Tecla era la hermana de leche de vuestra prometida; comprendo vuestra indignación!

DON. (Dominándose.) Pronto pondré fin á esas piraterías. Monseñor el virey, se ha dignado confiarme el mando de una de las galeras del Estado, y parto mañana.

JUL. Vuestro país os lo agradecerá, Donato.

GHEB. (A Donato.) Partes mañana?... Vas á arriesgar tu vida?

DON. (Rechazándola.) Dejadme!

GHEB. (A Donato.) Oh! no salgas!

DON. (A Ghébel.) Os advierto que sois en estremo ridícula con vuestras exajeraciones. Mirad á mi madre, ella no llora.

JUL. (A Donato.) Haceis vuestro deber. (A Ghébel.) Mirta nos ha precedido en la Iglesia; ven, la llevarás á casa de su nodriza. (Señala la casa de la derecha á Donato al irse.) Nadie como ella podría consolarla de la muerte de su querida hija!

DON. (Hasta cuando hablarán de esa muerte!)

JUL. Venís, Donato?

DON. Dispensadme, señora, tengo que dar algunas órdenes... (Julia se aleja seguida de Ghébel. Donato se aleja también. En cuanto desaparecen los actores de la escena, se vuelven á agitar los vendedores y el pueblo que está en la plaza, gritando sus mercancías. Por el lado opuesto donde se fué Julia, salen Ben Leil y sus sompañeros)

ESCENA IV.

BEN-LEIL.—BRAVADURA.—FINGAL.—GUISCA.—PIRATAS

BRAV. Gracias á Dios que te encontramos!

FING. (Tomándole la mano.) Temí no volver á verte.

BEN. Estás encantadora con ese vestido. (A Bravadura y á Guisca.) Tanto me habeis buscado?

BRAV. Hace una hora que andamos en busca vuestra; pero en qué diablos pensais para venir á arrojaros en la boca del lobo?

BEN. Quería ver una gran ciudad; he visto esta y nada más.

BRAV. (Tristemente.) Estaríais contento por habernos dejado!

BEN. (Tomándoles las manos.) Por haberos dejado!... A vosotros!... A vosotros, que me habeis recojido en una noche de tempestad! Todos mis recuerdos están contenidos entre la vela de me-

sana y el palo mayor de nuestro buque. Vosotros, viejos leones del mar, veníais por la noche á acostaros á mis piés y á dormirme con las relaciones de vuestros encuentros. Pronto hicísteis de mí un hombre; á los seis años me deslizaba por las jarcias; á los diez cargaba vuestros cañones, á los quince me batía: el primero en el fuego y en el abordaje... y á los veinte era vuestro jefe.

FRING. Ah! Tú amas el peligro?

BEN. Es mi única pasión! Después del mar los bosques!... Mirad... casas miserables donde el aire apenas se respira; calles estrechas y fangosas, hombres afeminados y mujeres que engañan á sus padres y maridos! Si yo fuese aquí el hombre! El amo es el único que debe ser feliz... Vamos, dejadme solazar mi juventud con esa comedia!... Pobres ciudades, que se agitan para hacer menos ruido que una ola del Océano! Pobres ciudades, que levantan columnas de oro y de marmol, y que una ráfaga de viento puede convertir en polvo! Pobres ciudades, cantad en vuestra bruma, bailad en vuestro fango, morid en vuestras agitaciones estériles y en vuestra nada! El mar sólo es grande, y ese es mi imperio: mi carabela arrostra el viento, y yo soy allí rey.

GUISCA. (A Ben Leil.) Sí... pero allí no se ama!

BRAV. El amor! El amor es una patraña, y sólo las viejas hablan de él para hacer creer que han sido dichosas.

FRING. Y los viejos para hacer creer que han sido jóvenes!

GUISCA. El amor hace de esas casas un palacio, y de esas calles fangosas un paraíso! Créeme, Ben-Leil, tú no amas, y por eso ignoras la dicha que aquí se encierra. (Ben-Leil se queda pensativo.)

FRING. (Que no ama!) (Pasa Mirta de un lado á otro, seguida de Ghébel.)

BEN. (Para sí, mirando á Mirta.) Encantadora niña! (La sigue con la vista hasta que desaparece.)

FRING. (Cómo la mira!) (Celosa.) Dios mío!

GHEB. (Mirando á Ben-Leil.) Esa semejanza! Es extraño! (Entran en casa de la nodriza.)

ESCENA V.

FRINGAL.—BRAVADURA.—GUISCA.—BEN-LEIL.

BEN. (Absorto.) Amar!...

BRAV. (Bueno! Ya le ha dado en qué pensar esa idea!)

BEN. (Volviendo en sí.) Qué decíamos ántes?

BRAV. Se os acusa de haber asesinado á una pescadora llamada Tecla, después de haber dado muerte á su marido; vivid con cuidado!

BEN. Yo arrancaré la lengua al miserable que se ha servido de mi nombre para cometer tal infamia!

BRAV. Os prevengo, que si os cogen, no se contentará el populacho con ahorcaros en efigie.

BEN. Yo! Ahorcado en efigie?...

BRAV. (Indicando el lado izquierdo del fondo.) Desde aquí podeis verlo, por vos mismo, sin incomodaros; mirad, mirad, cómo bailan alrededor de la horca. (Oyense dentro gritos y risas.)

BEN. Soy yo aquél que tienen atado a la punta de una cuerda?

BRAV. El mismo.

BEN. Y, dime Bravadura, por qué se me ahorca en efigie... como tú dices?

BRAV. Por qué?... Porque os llamais Benellí.

BEN. Benellí! Yo me llamo Benellí?

BRAV. Así os llaman... De Ben-Leil han hecho Benellí. (Indignado.) Un nombre que yo casi he inventado, y que significa hijo de la noche.

BEN. Pero qué les he hecho yo?

BRAV. (Con importancia.) Perdonad, capitán; la educación que os he dado, no os permite tal vez comprenderme; basta que sepais que sois un jefe de piratas... (Movimiento de Ben Leil.) Piratas, ya veis, es una palabra que ellos han inventado también, y los piratas están fuera de la ley, y cada cual tiene derecho á tirarles un

arcabuzazo como á un perro, y á ahorcarlos en efigie en todas las horcas de Europa.

BEN. Tanto mejor, así como así necesitaba una causa para odiarlos, y ya la tengo .. Cuántos sois en Nápoles?

BRAV. Veinte.

BEN. Pues estad prontos para responder á mi primera señal... El levantino quería ausentarse como amigo; pero si quieren ensayar sus fuerzas contra Ben-Leil, Ben-Leil dejará á su paso ruinas y sangre!

BRAV. Bueno. Pero tened entendido que el virey está en la ciudad.

BEN. Y quién es el virey?

BRAV. Pardiez! El que manda en nombre del rey de España!

BEN. Nosotros no estamos en España, estamos en Italia!...

BRAV. Eso no le hace. Ya se vé, como tampoco os he enseñado en qué consiste ese derecho de las naciones, ignorais...

BEN. Y á mí qué me importa?

BRAV. Os echarán de la ciudad.

BEN. Echarme?... (A Fringal.) Yo te haré construir un palacio sobre el Posilippo... Es una vista magnífica!... (A Bravadura.) Quiero un palacio para Fringal en la cima del Posilippo, entiendes?

BRAV. Será preciso comprar el terreno...

BEN. Comprarlo?... No, lo tomaremos.

BRAV. Y si tiene dueño?

BEN. Tanto mejor... le despojaré de él.

BRAV. Eso es más económico. Y los derechos que se pagan?...

BEN. Yo me encargo de dárselos á cañonazos! Conducid á Fringal á bordo.

GUISCA. (Mirando.) Capitán, ya vienen con el maniquí.

FRING. Ben-Leil, no valdría más?...

BEN. Huir, no es verdad? Ben-Leil no huye, desaparece como el rayo, después de haber herido.

FRING. Pero...

BEN. Vé, querida mía. (A los otros.) Retiraos!

BRAV. (Bajo.) Desconfiad, capitán; las calles están llenas de espías. (Se alejan todos.)

BEN. Yo les haré burlarse de mi persona.

ESCENA VI.

BEN-LEIL.—EL PESCADOR, hombres del pueblo.—DONATO.— Después GHEBEL por la derecha; y á poco, por el mismo lado, JULIA y BEPPO.

PESC. (Dentro.) Esperad, esperad; vamos á buscar una cuerda para arrastrarle por la ciudad.

DON. (Apareciendo á la derecha. Aparte.) No he podido estar por más tiempo en la iglesia... la vista de aquel féretro...

BEN. (Deteniendo á los hombres.) Decís que aquél es el retrato del pirata?... Lo celebro mucho. Y se parece?...

PESC. Como dos gotas de agua!

BEN. (Burlandose.) De veras? Vaya, miradme... miradme bien... No encontrais alguna semejanza?... La nariz, por ejemplo... eh? Já! já! já!

DON. (A Ben Leil.) Cómo! Pretendeis, acaso, burlaros de esa gente? (Murmullos entre el pueblo.)

BEN. A vos, qué os importa?

DON. Soy uno de los tenientes del virey, y ejecutan mis órdenes.

BEN. Ah! Vos perteneceis al virey que pertenece al rey de España?... Lo celebro, caballero; pero también os aconsejo que cuando hayais hecho ahorcar á Benellí en efigie, no busqueis á Ben-Leil vivo, porque dicen que de él nadie se burla.

TODOS. Qué dice!

GHEB. (Aparte volviendo y observando á Ben-Leil.) Quién puede ser este hombre!

PESC. (Indicando á la derecha, por donde se supone que pasa el entierro de Tecla.) Mirad, por allí pasa el entierro de la pobre Tecla! (Se arrodilla; todos hacen lo mismo y se descubren.)

DON. (Está de Dios que por todas partes he de

tropezar con tan lúgubre espectáculo! (Llega Julia por el fondo seguida de Beppo.)

PESC. (A Donato.) Descubríos, monseñor.

DON. (Vuelto bruscamente de sus pensamientos, con turbación.) Yo... Yo... Yo no la conozco!

JUL. (Con solemnidad.) Descubríos, monseñor; la que pasa os conoce... es la muerte! (Donato se descubre)

BEN. (Mirando á Julia.) Respetable mujer! (Todo el mundo se levanta y se aleja por la derecha.)

JUL. (Volviéndose á Donato.) Venid; esa infeliz madre necesita de nuestros consuelos, Donato...

DON. (Turbado.) Yo? A su casa! (Con terror.)

JUL. (Observándole.) Por qué no?

DON. Por qué?... Ya os sigo, madre mía.

BEN. (Su madre!)

JUL. (Aparte mirando á Donato.) Qué pálido está!... (Entra en la casa seguida de Donato y de Beppo. Ben-Leil y Ghébel quedan en escena.)

ESCENA VII.

BEN-LEIL.—GHEBEL.

BEN. (Sin ver á Ghebel.) Cuán dichoso debe ser este hombre en tener una madre!...

GHEB. (Vivamente.) Vuestra madre ha muerto? (Con intención.) Perdonad, señor, pero ese grito doloroso de vuestra alma, que yo sola he oido... Esa lágrima que yo sola he visto correr, me han interesado por vos á pesar mío... Vuestra madre ha muerto?...

BEN. Murió cuando yo nací, según me han dicho. Llevo en mí dos dolores; el dolor de haberla perdido, y el de no haberla abrazado jamás!...

GHEB. (Hé aquí las facciones de Scylla! Su voz!) Al menos os quedará vuestro padre?

BEN. Mi padre?... (Por qué me observará tanto?...)

GHEB. Sois tal vez huérfano?...

BEN. (Si será un espía?) No señora, mi padre vive.

GHEB. (Con alegría.) Ah!...

BEN. Visito la Italia; he recorrido la España y la

Francia. Ahora estudio vuestras costumbres y vuestras leyes... Mi padre manda doce tribus bajo el sol de Oriente.

GHEB. (Respiro! No es él!)

BEN. Perdonad; pero noto que me examinais como si me hubiéseis visto otra vez.

GHEB. (Vivamente.) No... es decir, sí.

BEN. (Conteniéndose.) Sí? Y en dónde?

GHEB. (Con intención siempre.) En las facciones de una persona de quien sois su viva imágen.

BEN. Algún pariente vuestro, tal vez?

GHEB. (Observándole.) No! El duque de Scylla...

BEN. Era un héroe!

GHEB. (Vivamente.) Os han hablado de él?

BEN. Con frecuencia.

GHEB. Quién?

BEN. La fama!... Su hijo debe de estar orgulloso con su nombre...

GHEB. Está en su derecho.

BEN. Es digno de llevarle?

GHEB. (Con orgullo.) Habeis podido juzgarlo; ahora mismo estaba aquí.

BEN. (Con desprecio.) Quién? Ese hombre que permanecía cubierto ante la muerte?

GHEB. Qué os importa?

BEN. Es preciso respetar á aquellos que ha tocado la muerte!

GHEB. Sois su enemigo?

BEN. Yo? Lo conozco bastante para compadecerlo, pero no lo suficiente para odiarlo.

GHEB. Ah!... Le odiais!... Vuestra sangre os habla contra él!

BEN. Qué os importa, señora?

GHEB. Pero quién sois al fin?

BEN. Y quién sois vos, que deseais saberlo?

GHEB. Yo soy la nodriza de Donato... Del hombre que acabais de insultar cobardemente!

BEN. Lo siento!

GHEB. Qué os ha hecho?

BEN. A mí? Nada.

GHEB. Le conocíais?

BEN. No.

GHEB. Quereis conocerle?
BEN. Gracias. (La vuelve la espalda.)
GHEB. (Ah! Le odia!... Si fuera la sangre de Scylla la que lo animase!... Oh! Ten cuidado, joven, ten cuidado!...)
BRAV. (Corriendo.) Capitán! .. (No está solo!) (Bajo á Ben Leil.) Una quimera! Guisca y tres de los nuestros han sacado sus cuchillos contra algunos pescadores; voy en busca de nuestros camaradas.
BEN. (Quédate) (A Ghébel que ha quedado pensativa.) Lo que he dicho puedo repetirlo cuando gusteis... (Bajo á Bravadura.) Observa á esa mujer. (Se aleja.)
GHEB. (Siguiéndole con la vista) (El mismo aire de los Scyllas!... Oh! No hay duda! He cometido un crímen por poner á mi hijo en su lugar; seguiré hasta el fin!)

ESCENA VIII.

GHEBEL.—BRAVADURA.

GHEB. (Aparte mirando á Bravadura.) Este hombre tal vez puede ayudarme en mis planes. Veamos.
BRAV. (Esta dama será sin duda alguna buscadora de aventuras.)
GHEB. Perdonad, señor mío.
BRAV. (Con alegría.) (No lo dije?) De qué se trata, bella dama?
GHEB. Sois extranjero?
BRAV. Sí
GHEB. Permanecereis muchos días en Nápoles?
BRAV. El tiempo que gusteis.
GHEB. Me sereis fiel?
BRAV. Tengo un corazón...
GHEB. (Después de haber mirado á su alrededor.) Es necesario, por graves intereses, que esta noche desaparezca un hombre de la ciudad.
BRAV. (Mirándola) Por graves intereses? (No es esta Ghébel?... Qué delicioso encuentro! Observemos; nunca me ha visto!)

GHEB. Quereis encargaros?...
BRAV. Un asesinato! (Veremos qué tal lo paga.)
GHEB. Dudais?...
BRAV. No. (Llevando la mano á su puñal.) Desaparecerá!
GHEB. Así no.
BRAV. Explicáos...
GHEB. Es preciso que desaparezca de Nápoles...
BRAV. Es fácil; tengo veinte hombres determinados y una barca dispuesta, muy cerca de aquí.
GHEB. Y de la Italia!
BRAV. De todas sus dependencias; contad conmigo.
GHEB. Dentro de diez minutos, me esperareis en aquella calle.
BRAV. Convenido.
GHEB. Cincuenta ducados; veinticinco ahora mismo; después el resto.
BRAV. Un instante... yo no sé si podré volver.
GHEB. Yo misma iré á llevároslo. Si tardo, podeis soltar al prisionero.
BRAV. Los veinticinco ducados?...
GHEB. Aquí están. (Se los da.)
BRAV. (No me pesa haberla hecho mi cómplice.) (Alejándose.) Y si alguna vez me pide al niño, yo le reclamaré entonces el hombre.) (Vase.)
GHEB. Ahora, señor levantino, ya podeis venir... no será á Donato á quien encontrareis.

ESCENA IX.

GHEBEL.—MIRTA.

GHEB. Ah! Sois vos? Qué ha sucedido? Qué pálida estais.
MIRT. Tú no sabes, Ghébel; esa pobre mujer, la madre de Tecla, que parecía como muerta, ha vuelto de su desmayo, y al ver á Donato... Se ha levantado de la cama, lívida, temblando y extendiendo las manos hacia él; éste se ha quedado como herido de un rayo!...
GHEB. Y la Condesa?

MIRT. La Condesa se ha puesto pálida como un espectro!

GHEB. Locuras!... La desesperación ha turbado la razón de esa pobre mujer. (Sospechan de él!) (Vase.)

ESCENA X.

MIRTA.—Después BEN-LEIL. — Luego DONATO seguido de un escudero.

MIRT. Tiene razón; sin embargo, á pesar de todo, tengo miedo!... Casarme con Donato!... (Mirando su anillo.) Anillo de mi madre... reliquia sagrada de la santa que no existe... Teneis un lenguaje y me hablais?... Esta piedra no arroja más que pálidos destellos!... Será un presagio de duelo y de dolor?... Madre mía!... Madre mía!... (Aparece Ben-Leil.)

BEN. (Ella es! Encantadora como un sueño...) Señora!...

MIRT. (Con altanería.) Creo que os equivocais!

BEN. El más humilde de los peregrinos puede admirar á Dios en su criatura más perfecta.

MIRT. (Sonriéndose.) Sin duda sois extranjero, é ignorais nuestras costumbres. Os escuso. (Saluda y quiere alejarse.)

BEN. (Vivamente.) Creed, señora, que conservaré un eterno recuerdo de este encuentro fugitivo. Tomad esta perla... (Se la ofrece.) Pertenece á la corona de un emperador. Lo que viene del poder puede volver á la belleza... Tomadla, tomadla...

MIRT. Yo?

DON. (Adelantándose.) El señor ignora, sin duda, que sois la heredera de los Fieramonte y mi prometida; y que no se ofrecen á una joven, noble y cristiana, esos presentes como á una sultana del harén ó á una esclava comprada en el mercado. Entrad, Mirta. (La conduce á la casa; vuelve á la escena: á Ben-Leil.) Acabais de cometer una torpeza ó una insolencia... escoged.

BEN. (Tomando la espada del escudero de Donato.) Escojo esta espada.

DON. Bien.

BEN. (Agitando la espada.) (Estos juguetes me causan risa... Qué diría mi hacha de abordaje, si me viera con este palillo en las manos!)

DON. Vamos, despachémonos.

BEN. Cuando gusteis. Pero ántes, debo daros gracias, señor mío. Desde que estoy en Nápoles, me parece que el mundo anda al revés. Vos, al ménos, me probareis que el corazón está aquí, como en todas partes.

DON. Menos fanfarronadas!

BEN. Lo creeis así? (Se baten.)

DON. Concluyamos!

BEN. Eso es justamente lo que deseo. (Aparece Ghébel en el fondo.)

DON. (Cayendo herido.) Ah!

GHEB. Donato!... Socorro!... Al asesino! (Viene Julia por un lado; el Pueblo, Bravadura, Guisca y los Piratas por otro.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—BRAVADURA.—GUISCA.—JULIA, el pueblo.

GHEB. (A Julia.) Ah! Señora! Está herido!

JUL. Dios mío!

GHEB. (A Bravadura, señalando á Ben-Leil.) Veis ese hombre? Es él... Quiero que muera! Matadle! Matadle!

BRAV. Yo no conozco otro trato que el que hemos hecho; he prometido llevármele y me le llevo!

GHEB. (Al Pueblo.) Acaba de matar á Donato Scylla! Que muera!

TODOS. Sí, sí, que muera!

BRAV. Esas tenemos! Ah de mi cuchillo!

BEN. (Blandiendo la espada.) Compañeros, como al abordaje!... (Se abre paso por medio de todos.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

La cinta.

Salón del castillo de Scylla. Puertas laterales; á la derecha, comunica al departamento de Mirta. La de la izquierda, á los de Julia; tres puertas grandes en el fondo, abiertas y dando á un terraplén, dejando ver el mar.

ESCENA PRIMERA.

JULIA.—GHEBEL.—Julia está sentada tejiendo coronas de flores.

GHEB. (Entrándo á Julia.) Con qué ardor trabaja en sus flores la señora Condesa!... Son sin duda para festejar el próximo enlace de Donato?

JUL. (Sin levantar la cabeza.) Son para adornar la tumba de Scylla.

GHEB. (Mirando al mar.) Ese viento que hace en la costa me inquieta! (Llamando.) Beppo) (A Beppo que entra.) Tomad el anteojo, subid á la torre y venid á decirnos si veis la galera del señor Donato. (Vase Beppo.)

JUL. (Trabajando.) El tiempo no es borrascoso. Además, Donato ha salido al mar esta mañana y no debe estar muy lejos.

GHEB. Y su herida!

JUL. Un arañazo!

GHEB. Bien podía haberse encargado de dar caza á ese pirata!

JUL. (Observándola.) Donato es muy dichoso en tener en tí una segunda madre tan apasionada! Tú me haces sonrojar con frecuencia, á mí, que soy su madre, de hallarme tranquila é indiferente, cuando tú tiemblas y lloras.

GHEB. (Observándola.) El dolor se manifiesta lo mismo por el silencio que por los gritos. Mi defecto está en dejar hablar á mi corazón.

JUL. Tú misma haces tu elogio sin pensar, Ghébel... (Pausa.) Por qué no me has hablado nunca de tu hijo?...

GHEB. Le perdí tan joven!...

JUL. Y no vas nunca á rezar sobre su tumba?

GHEB. Nosotros no tenemos tumba. Un poco de tierra, la hierba que brota, el viento que pasa, y nada más

JUL. Yo no te hubiese negado una cruz, si me la hubieses pedido.

GHEB. Era ya tarde, señora, cuando os ví por la primera vez...

JUL. Siempre has guardado el secreto del nombre de su padre.

GHEB. He jurado no pronunciar jamás su nombre.

JUL. Ah! Eso es diferente. (Se pone á trabajar.)

GHEB. (Habrá sospechado alguna cosa!)

BEP. (Volviendo; á Ghébel.) No he visto nada.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—MONTEFIORI.—MIRTA.—FIAMETTA.

MIRT. (A Julia.) El señor marqués me ha encontrado en la gruta, donde nos hemos paseado más de dos horas...

MONT. Corría como si tuviera doce años; después se detenía pensativa y silenciosa, como si tuviese sesenta.

JUL. (A Mirta.) Querida niña, los que acabais de visitar son vuestros dominios. Yo no me reservo sino esta parte del Castillo, incluso el bosquecillo y la capilla donde reposa el duque de Scylla...

MIRT. Señora...

JUL. Dentro de tres días celebramos el aniversario de su muerte. . Durante ese tiempo, permaneceré encerrada en mi cuarto, si lo permitís. (Muestras de asentimiento.) Gracias.

BEP. (Entrando.) Los notarios de las dos familias esperan á la señora Condesa y al señor marqués...

GHEB. Al fin!...

MIRT. Señora, una cláusula sola es difícil de estipular en un contrato de casamiento; esta cláusula es la cosa más rara y más deseada en este mundo... es la dicha! (Julia la abraza y vase con el marqués.)

ESCENA III.

GHEBEL.—MIRTA.—FIAMETTA.

GHEB. La dicha, señora? Veis lágrimas en esa unión?

MIRT. Yo no digo eso, Ghébel; mi padre, al morir, dispuso mi casamiento con Donato; muchas jóvenes se dejan conducir al altar con menos razón.

GHEB. (Tampoco ella le ama! Pero no importa; no por eso dejará de ser Donato príncipe de Fieramonte.)

MIRT. (A Fiametta.) Cuando vino á buscarme el señor marqués, estaba leyendo en la gruta, y he dejado allí mi libro; ve á buscarlo, Fiametta.

FIAM. (Temblando.) En la gruta? Al fin de la alameda?

MIRT. Tienes miedo?

FIAM. No se oye en todas partes más que hablar de esos malditos piratas! Llegan de improviso, matan, asesinan, saquean y desaparecen!

GHEB. Fiametta no sabe lo que se dice... Voy en busca del libro. (Vase.)

ESCENA IV.

MIRTA.—FIAMETTA.

MIRT. (Sonriendo.) Los piratas? Los aldeanos de los alrededores ya les habrán supuesto alguna nueva aventura.

FIAM. (Bajando la voz.) También hablan de otra cosa!

MIRT. De qué?

FIAM. De una cosa... Oh! primero se dejarían ellos cortar la lengua, que decir una palabra.

MIRT. Me pones en cuidado!

FIAM. Han visto con mucha frecuencia la sombra del duque de Scylla pasearse á las doce de la noche por las galerías de este castillo!

MIRT. A las doce!

FIAM. Sí, señora. Parece que sale de la capilla, cubierto con la armadura de los Scylla; anda sin que se oiga el ruido de sus pasos; mira sin que se vean sus ojos... Si está oscuro... lleva la visera de su casco levantada, y cerrada si la luna brilla!... Esos aldeanos están verdaderamente locos; no es verdad, señora, que hay motivo para ello?

MIRT. Y tú también estás loca, Fiametta... porque ya estás temblando con tu propia relación.

FIAM. Yo tiemblo?... Calla!... pues es verdad! (Ghébel vuelve.)

ESCENA V.

DICHAS.—GHÉBEL.

GHEB. Aquí teneis el libro.

MIRT. Gracias, mi buena Ghébel.

GHEB. (Han metido una carta entre las hojas de ese libro...)

MIRT. Decias?

GHEB. Nada, señora... (Quién puede haberla escrito?) (Vase.)

ESCENA VI.

MIRTA.—FIAMETTA.

MIRT. (Hojeando el libro.) Ghébel parece preocupada. (Se cae un papel del libro.)

FIAM. Siempre está lo mismo... Ah! Un papel que ha caido de ese libro!... (Lo recoje.)

MIRT. Un papel? (Sin tomar la carta.) Debe contener tres palabras... (Se sienta.)

FIAM. (Sonriendo.) Tres palabras? Lo habeis leido ya?

MIRT. No

FIAM. Entónces, esperad... tres palabras que adivina una joven, no debe oirlas todo el mundo... (Después de haber mirado á su alrededor.) Estamos solas, podeis hablar.

MIRT. Fiametta, pasan á nuestro alrededor cosas bien extrañas!

FIAM. Es el país de las aventuras!

MIRT. Un hombre, un desconocido me sigue por todas partes.

FIAM. Joven?

MIRT. Sí.

FIAM. Buen mozo?

MIRT. Sí.

FIAM. Rico?

MIRT. No lo sé.

FIAM. Entónces, es pobre.

MIRT. Por qué?

FIAM. Porque si fuese rico, sería lo primero que os hubiese dicho; apuesto al contrario que os ha dicho que os amaba?

MIRT. Ha tenido ese atrevimiento.

FIAM. El amor es el hijo de los pobres; de seguro es pobre...

MIRT. No puedo dar un paso sin encontrarle. Ayer, cuando íbamos á Leprano...

FIAM. Sí, ayer tarde.

MIRT. El calor era insoportable; hago detener mi litera y pido un vaso de agua á un vendedor que nos seguía. Después de haberle devuelto el vaso, «gracias por haber bebido de mi agua!» Me dijo: «Yo os amo!»

FIAM. Ah!

MIRT. Esta mañana volvíamos de San Vito por el golfo; al llegar al muelle, el gondolero de la barca salta en tierra, me tiende la mano y me apoyo en su brazo: «Gracias por haber aceptado mi brazo:» me dijo: «Yo os amo.»

FIAM. Ah!

MIRT. Hace poco, cantaban en el parque; me hallaba allí casualmente: acércome al que cantaba, y le doy un ducado. «Gracias por vuestra limosna, me dijo: Yo os amo.»

FIAM. Y el cantor?

MIRT. El cantor no era otro que el vendedor de agua y mi gondolero.

FIAM. Hé ahí un hombre á quien yo quisiera conocer!

MIRT. Le he prohibido que me diga qüe me ama, y apuesto á que me lo escribe.

FIAM. No podría ser más obediente. (Abre la carta y lee.) «Yo os amo!»

MIRT. No te lo decía.

FIAM. Singular aventura!

MIRT. (Pensativa.) Sí, en efecto.

FIAM. No sería el caballero Donato quien prosiguiese así su sueño de amor. Prefiere correr en busca de los piratas... á los que no cogerá.

MIRT. Y sin embargo, dentro de poco seré esposa suya!

FIAM. Sabeis que se me figura que vuestro desconocido debe ser adorado de todas las mujeres?

MIRT. Yo tengo la dicha de no amar á nadie...

FIAM. Cómo, ni aun un poco?

MIRT. Ni poco, ni mucho.

FIAM. Entónces, bien podeis alabaros de no ser una mujer como otra cualquiera...

MIRT. Tú estás loca! (Va a sentarse,)

FIAM. (Sola moviendo la cabeza.) Ah! Señor Donato, creo que vuestra causa va perdiendo mucho; pero cuándo ha estado ganada?...

ESCENA VII.

DICHAS.—GHEBEL.—JULIA.—Después MONTEFIORI.—DONATO.

JUL. (A Mirta.) Querida niña, el señor marqués y yo hemos creido responder á los votos de Donato y el vuestro, adelantando el día de vuestra unión. Así, pues, os casareis hoy mismo sin fausto alguno; los pobres, únicamente, conocerán que sois la heredera de los Fieramonte, y que Donato desciende de los Scyllas.

MIRT. Señora, jamás tendré otra voluntad que la vuestra.

JUL. Hija mía. Las mujeres deben ocultar su alegría cuando se acercan estos momentos; pero vos, parece que recibís la noticia de una desgracia.

MIRT. Qué quereis, señora! Se prepara un cambio tan grande en mi vida, que el pasado me sonríe y el porvenir me inquieta!

GHEB. (Agitando su pañuelo.) Ahí está! Ahí está! (Entra Montefiore con Donato.)

MONT. (A Donato) Vamos, venid pues, querido duque, venid; todo el mundo os espera con impaciencia! (Donato entra.)

GHEB. (Tomando á Donato entre sus brazos.) Donato! Hijo mío!

DON. (Rechazandola.) Eh! Dejadme saludar primero á mi madre, y besar la mano á mi prometida... (Saluda á Julia y besa la mano de Mirta.)

MONT. (A Donato.) Habeis conseguido dar caza á los piratas?

DON. No, porque no he tenido tiempo suficiente.

GHEB. (Con interés.) Y tu herida?

DON. (A Montefiore.) Mientras yo estaba en el mar, he recibido un aviso de Bérgami el pescador, uno de nuestros más seguros agentes, de que esos infames piratas, internados en las islas del Golfo, se han acercado aisladamente á nuestras costas, y meditan una empresa atrevida.

BEP. (Entrando.) Señor marqués. Un mensaje de la corte.

JUL. De qué se trata? (A Montefiori.)

MONT. S. M. el rey de España aprueba la unión de vuestro hijo y de mi pupila... Y cómo regalo de boda devuelve á vuestro hijo los bienes de su padre.

JUL. (Friamente.) No sabía yo que S. M. se hallaba tan bien dispuesto para los Scyllas...

DON. Monseñor el virey ha disipado las últimas nubes que nos separaban.

JUL. Puedo saber cómo?

MONT. Nosotros hemos podido probar á S. M. que el

duque de Scylla no había desconocido jamás los derechos de España, y que no había tomado las armas, sino contra Federico de Aragón.

JUL. Yo creía, señor marqués, que conocíais mejor la historia del que fué vuestro jefe. El duque de Scylla era un rebelde, un sublevado, un proscripto, y ha muerto proclamando la libertad de su patria, y maldiciendo á los opresores de Nápoles. (A Donato.) Os refiero los últimos momentos de vuestro padre, caballero. (Donato se descubre.)

MONT. (Queriendo retirarse.) Señora...

JUL. (A Monteñori.) Oh! Quedáos! Vais á ser de la familia, y lo que tengo que decir, podeis... debeis oirlo. (A Donato.) Enseñadme ese despacho...

DON. (Dudando.) Señora...

JUL. (Tomándolo.) Lo exijo! (Aparte después de haber leido.) Dios mío! (A Monteñoro.) Perdonad, señor marqués... teníais razón, debo quedarme sola con mi hijo.

GHEB. (Desgraciada de ella si llegase á odiarle!) (Vase Monteñori con Mirta: Ghébel los sigue.)

ESCENA VIII.

JULIA.—DONATO.

JUL. Oh! Parece que no habíais leido hasta el fin!... Y sin embargo, ahí está la verdad toda entera. No es el virey quien ha escrito, no es él quien ha pedido gracia y resuelto levantar la fortuna del hijo al precio del honor del padre...

DON. Mi padre veía la dicha de Nápoles en la libertad, y yo...

JUL. Vos la veis en la insolencia y bajo el azote del yugo extranjero, no es verdad? Hombre impío, que deshonra las cenizas de un muerto!... Hijo sacrílego. Oh! hay en vos tan poco del alma, de la fiereza de los Scylla, que muchas veces me pregunto, cómo puede correr su sangre en vuestras venas!

DON. Señora!... (Con cólera.)

JUL. Vuestros ojos han centelleado de cólera! (Presentándole los papeles.) Tomad, hacéos justicia!... El oro pesa menos que el honor, serás menos poderoso, menos temido, es verdad, pero serás un hombre honrado y un hijo piadoso! Toma, toma!...

DON. (Tomando el despacho y doblándolo lentamente.) Es imposible, señora.

JUL. Imposible?

DON. La herencia de un nombre proscripto es una carga demasiado pesada.

JUL. La persecución no espanta sino á los cobardes; no mata sino á los débiles!

DON. El rey de España sería mi enemigo implacable!

JUL. Vuestro padre tuvo á Fernando V por enemigo.

DON. Y ha muerto asesinado!

JUL. Morid como él!... Ah! Os callais? Entónces seré yo quien destruya ese odioso despacho!... Dadme!... (Con autoridad.) Yo lo quiero!

DON. (Friamente.) Vos no sois aquí nada, señora... más que mi madre.

JUL. (Solemnemente.) Yo no soy nada! (Se aleja. Volviendo.) Nada! (Vase.)

ESCENA IX.

DONATO.—MIRTA.—FIAMETTA, después BEPPO.—CRIADOS.

DON. Ya lo esperaba... No obstante, yo debía... No, no retrocederé.

FIAM. (Corriendo.) Beppo! Petrucio! Venid todos, venid.

DON. Qué es eso?

FIAM. Un suceso imprevisto, monseñor.

DOM. Cómo?

FIAM. Estaba la señora Mirta al fin del terraplén, cuando vió deslizarse entre las peñas una barca conducida por hombres armados...

DON. Hombres armados!...

FIAM. Uno de ellos se puso á mirarla... y al retirarse llena de miedo, se le escapó de las manos el

anillo con que jugaba maquinalmente, y cayó al golfo. (A los criados.) Vamos, quién de vosotros va á buscarlo?

BEP. (Entrando, á Donato.) El señor Podestá acaba de llegar con treinta hombres armados.

DON. (Ah! es el refuerzo que he pedido.)

MIRT. (A Donato.) Monseñor, ese anillo era una reliquia santa. Mi madre me la dió al morir, después de haberle besado .. Es el último recuerdo!

DON. Cien ducados al que traiga ese anillo! (A Mirta.) Perdonad, bella prima. (A Beppo.) Venid. (Vase.)

FIAM. (A los hombres.) Monseñor Donato, os ofrece cien ducados.

BEP. (A Fiametta.) El mar es muy peligroso en este sitio.

MIRT. Doscientos ducados!

BEP. El viento sopla como una tempestad por ese lado de la costa.

MIRT. La mitad de mi fortuna, quereis?

BEP. Es imposible! (Vánse.)

MIRT. Imposible! Ah! Dios mío! (Se deja caer llorando en un sillón. Entra Ben-Leil en trage de pescador; va lentamente hacia Mirta, dobla una rodilla en tierra presentándola un anillo.)

ESCENA X.

DICHOS.—BEN-LEIL.

BEN. Aquí teneis vuestro anillo, señora.

MIRT. Ah!

BEN. Soy un pobre pescador de coral... Exploraba estas costas, cuando un golpe de mis remos dado en falso, hizo saltar al mar mi puñal... Me arrojé á buscarlo, pero en vez del puñal, he recogido este anillo. (Mirta toma el anillo. Ben-Leil se levanta y dice bajo á Mirta:) El hombre que os miraba, Mirta, era yo!

MIRT. He prometido la mitad de mi fortuna al que me trajera este anillo, y cumpliré mi palabra.

BEN. Preguntad á esas gentes, señora, y ellos os di-

rán que todos los pescadores de coral son séres fantásticos. Mi hermana os ha visto en las fiestas de Mortola. «Hermano, me dijo, yo quiero una cinta igual á la que la princesa de Fieramonte tenía en sus cabellos.» Dadme esa cinta, y estoy pagado. (Mirta se la da.) (Y habrá de ser esposa de otro? No, no, jamás!) (Voces fuera.)

ESCENA XI.

DICHOS.—TOMASO.—CRIADOS.

TOM. (Corriendo.) A las armas! A las armas! Los piratas se dirigen hacia el castillo!

FIAM. Lo piratas! Oh! Dios mío!

TOM. (A Fiametta.) Vé á tranquilizar á la condesa.

MIRT. (A Tomaso.) Los piratas, dices?

TOM. Vos no correis aquí peligro. (A los hombres.) Estaban ocultos en un recodo de la isla de San Pablo... El duque nos espera en la plataforma. Vamos! (Vanse. Se oyen cañonazos.)

ESCENA XII.

MIRTA.—BEN-LEIL.

MIRT. (Con terror.) Oh!

BEN. Nada temais. Velo por vos. (Nuevos cañonazos.)

MIRT. Dios mío! Dios mío!

BEN. Escuchadme, Mirta; allí se están batiendo, y yo debo de estar entre los que triunfan ó los que mueren.

MIRT. Morir!

BEN. Mi suerte depende de vos. Debo vivir?

MIRT. Ah! Esos tiros, esos gritos.

BEN. Son el grito de los combatientes; debo vivir?

MIRT. Cuál es vuestro nombre?

BEN. Mi nombre!...

MIRT. Por qué temblais?

BEN. Yo me llamo...

MIRT. Cómo os llamais?

BEN. Yo me llamo Ben Leil!

MIRT. (Con horror.) Ben-Leil!

BEN. (Arrojándose á sus piés.) Oh! Perdonadme! Tened piedad de mí!

MIRT. Ah! No os acerqueis!

BEN. (Con humildad.) Vos me escuchareis, Mirta; vos me escuchareis!... Por veros he atravesado los mares; por hablaros he arriesgado veinte veces mi vida. Es culpa mía si os amo? Es culpa mía si he tenido alrededor de mi cuna hombres feroces y bandidos?... He adquirido yo su rudeza, pero no sus crímenes; mi corazón es puro y santo!

MIRT. Callaos!

BEN. Que yo muera execrado por vos, será mi primera alegría; que yo viva, salvado por vos, será mi primera esperanza!

MIRT. Dios mío!

BEN. Debo morir?... Debo vivir?...

MIRT. Vivid! (Quiere irse y se encuentra con Bravadura y Guisca que han escalado el terraplén y llegan vivamente.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—BRAVADURA.—GUISCA.—LOS PIRATAS.

MIRT. Ah!... Esos hombres!.. (Retrocede.)

BRAV. (Viendo á Ben-Leil. Saltando con todos los piratas por el foro.) Mil millones de truenos!... Bien cara nos cuesta vuestra aventura! .. Nos han derrotado, capitán, nos persiguen, y no tenemos otro remedio para entrar en nuestras barcas, que arrojarnos por ese terraplén. Vamos, pronto, capitán, pronto!... Si quereis á esa mujer, qué diablos, robadla!

DON. (Dentro.) Por aquí!... Por aquí!

MIRT. La voz de Donato! A mí, Donato á mí!

BEN. (Deteniéndola.) Donato!... (A los piratas.) Cerrad esas puertas!... (A Mirta.) Ah! Le llamais cuando estoy yo aquí!... A él!... Vuestro esposo fu-

turo!... A él, á quien tal vez amais!... Pues bien, yo seré para vos lo que hubiera debido ser. (Mirta cae de rodillas.) Seré Ben-Leil, Ben-Leil el bandido, Ben-Leil el pirata, Ben-Leil que no conoce otra voluntad que la suya, y que os roba! (Se apodera de ella.)

MIRT. Socorro! Socorro!

BEN. Ni Dios ni el infierno te arrancarán de mis brazos! (Se la lleva en brazos después de una corta lucha. Donato y comparsas soldados, entran por la puerta segunda derecha y al ver á Mirta en poder de los piratas, luchan encarnizadamente, mientras desaparece Ben-Leil rápido.)

BRAV. Eh! Vamos, voto á mil bombas! Esta al menos, es una presa que no deja de valer!

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

El Bergantín.

Hace salida el bergantín. La escena, alta mar: es de noche. Se oyen truenos y tablas de viento. Gran movimiento en las aguas.

ESCENA PRIMERA.

BRAVADURA.—GUISCA.—UN VIGÍA.—UN PIRATA.

BRAV. Por vida de!... Y cómo va refrescando la brisa! Milagro será que el viento no haga de las suyas! Timonel. Orza á la banda cinco grados en viento. (El bergantín vira á la izquierda.)

GUISCA. En qué pensará el capitán después de lo sucedido?

BRAV. Orza á la banda. (Voz de mando.) En qué quieres que piense, cuando en poco ha estado que perdiéramos la cabeza por la traición de esa Fingal, que ha descubierto dónde teníamos á la prisionera Mirta, que Donato nos ha arrebatado.

GUISCA. En verdad que ha sido lástima no podernos vengar de la infame Fingal, y dar su merecido á Donato. (Se oyen truenos lejanos.)

BRAV. Hola! Tenemos buen viento! Carga las mayores! (Voz de mando á la cual se cargan las dos velas.)

GUISCA. Seguro estoy que no tardarán en venir tras de su presa las tropas de Donato Scylla.

BRAV. Nos batiremos una vez más. (Se oye el bramido del viento y un trueno.) Bueno! El vendabal arrecia! Aferra! Aferra con mil diablos! (El marinero recoge las dos velas, inclusas las del vauprés, que desde la salida del bergantín habrán estado cargadas.)

GUISCA. Será necesario navegar á palo seco. Me parece que esta noche carga el diablo con todos nosotros.

BRAV. Cállate, ave de mal agüero.

VIG. Hombre al agua!

GUISCA. Esto solo nos faltaba. Torpe! Con esta noche tan oscura no se ven los dedos de la mano. (Relámpago.)

BRAV. Sí, á la luz del relámpago lo he divisado: toma un cable; aférrate, muchacho. (El muchacho procura asirse del cable, y después de varias tentativas desaparece.)

GUISCA. Se lo tragó la mar: buena cena para los tiburones.

BRAV. Y un alma más para el diablo.

VIG. Luces á barlovento. (Relámpago y trueno.)

GUISCA. No lo decía yo! Ya los tenemos encima; son tres galeras españolas: nos han divisado á la luz de los relámpagos. (Se oye un cañonazo.) El primer cañonazo de aviso: botan las lanchas. Es necesario llamar al capitán. Gente arriba! Capitán! Capitán!

ESCENA II.

BEN-LEIL y los piratas con armas cargadas y hachas de abordajo.

BEN. Qué ocurre?

BRAV. Que tenemos encima el chubasco y además...

BEN. Se prepara una borrasca! Tanto mejor, así me distraeré.

BRAV. Eso sería lo de menos; ya estamos acostumbrados á bailar sin que nos flaqueen las piernas, pero la flotilla nos viene dando caza.

BEN. Por babor ó estribor?

BRAV. Por la aleta de sotavento. (Segundo cañonazo.) Este es el segundo cañonazo para rendirnos. (El barco vira.) Cuánta pólvora tenemos en la Santa Bárbara?

GUISCA. Sesenta quintales.

BRAV. Capitán, será necesario vencer ó morir.

BEN. Sí; calan menos agua que nosotros, y de seguro nos alcanzan. Venderemos caras nuestras vidas. Estais dispuestos á iros á pique ántes que rendirnos?

TODOS. Sí... sí.

BEN. Bien, mis leones. (Se oye otro cañonazo.)

GUISCA. Tercer cañonazo para rendirnos.

BEN. A eso voy; fuego en las bandas. (Se disparan á bordo dos cañonazos; se disponen los piratas con las armas de fuego y las hachas en las bordas.) Zafarrancho de combate. (Salen por derecha é izquierda, en primer término, dos lanchas con seis soldados, cada una al mando de Donato y Tomasso; traen arcabuces y hachas de viento y abordaje; arrojan dos escalas de cuerda al barco, por donde se disponen a subir, haciéndose fuego unos á otros. Luz de bengala en el barco y no cesan los tiros hasta la caida del telón.)

ESCENA III.

DONATO.—TOMASO.—Soldados en las barcas.

DON. Rendíos, ó sois muertos.
BEN. A ellos, mis valientes.
DON. Al abordaje! (Se efectúa echando escalas.)
BEN. Bravadura! Ojo á la Santa Bárbara y hazla volar en caso necesario. Mis valientes, fuego sobre ellos! (Lucha general. Luz de bengala. Tiros y voces hasta el final.)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

Las dos madres.

El oratorio de Julia. Sillones por todo el teatro, y á la izquierda un reclinatorio con un libro sobre él; puertas á los dos lados y al fondo: una secreta.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, después FIAMETTA. Julia está de rodillas, á la izquierda, sobre un reclinatorio. Fiametta entra.

FIAM. (Pues señor, hoy es un día de ventura para nosotras! El triunfo obtenido por monseñor Donato... y esos pobres piratas, que han muerto casi todos en la roca del puerto y en los demás puntos de la isla, sin contar los que gimen en las prisiones del castillo, acabarán por volvernos la paz y tranquilidad. Además, esta noche un casamiento!... El casamiento de mi pobre señorita!...)
JUL. (Volviendo la cabeza.) Eres tú, hija mía? Has iluminado la capilla?
FIAM. Ahora mismo iba, señora... El limosnero del castillo estará á las órdenes de la señora condesa á las doce de la noche.

JUL. Bien.

FIAM. Esperará aquí sola la señora condesa?... Como se dice que la sombra del duque...

JUL. Los muertos no vuelven.

FIAM. (Dirigiéndose hacia la capilla.) Vamos á la capilla. No me hace mucha gracia ver aquellas paredes sombrías, donde están colgadas las armaduras de los Scylla... Parece que son hombres de hierro, que le miran á una... (Retrocediendo delante de Mirta, que entra por una puerta disimulada en la pared.) Ah! qué susto me habeis dado! (Vase.)

ESCENA II.

JULIA.—MIRTA.

MIRT. Os buscaba, señora.

JUL. (Con melancolía.) Buscas la sombra y la tristeza con esos vestidos de fiesta? (Tomándola la mano.) Pobre niña, conoces ya el dolor?

MIRT. El más cruel de todos, señora, es el de unirse al hombre á quien no se puede amar.

JUL. No amas á Donato?

MIRT. Yo no quisiera pensar más que en Dios, y entrar en un claustro.

JUL. Amas á otro?... Oh! puedes decírmelo sin temor; mi corazón es indulgente y bueno para los que sufren.

MIRT. (Bajando la cabeza.) Lo he comprendido, lo sentía, y hé aquí por qué he venido á vos.

JUL. Háblame como á una amiga; habla como si yo no fuese la madre de Donato. Cómo se llama?

MIRT. El mismo lo ignora. Es un niño abandonado, que los piratas recogieron. Pero, cosa extraña, señora; es la viva imágen de Scylla!

JUL. (Levantándose.) De Scylla? La naturaleza misma no puede reproducir el alma y las facciones de ciertos hombres... su propio hijo no se le parece!

MIRT. Tomasso, al verlo, creía ver á su amo!... Tal vez

es un efecto cruel de la casualidad... pero, todo recuerda en él al héroe de quien me habeis hablado con frecuencia; hasta los cabellos blancos en la frente...

JUL. (Vivamente.) El distintivo de los Scylla! (Sacando un retrato de su pecho y enseñándosele.) Sin duda estás loca, hija mía! Eso no puede ser... mira!

MIRT. (Retrocediendo.) Ben-Leil!

JUL. No, Scylla!

MIRT. Scylla para vos, Ben-Leil para mí.

JUL. (Oh! Estas dudas que hace tanto tiempo martirizan mi corazón!... (Alto.) Y dices que no ha conocido jamás á sus padres?

MIRT. Jamás!

JUL. (Dios mío! (A Mirta.) En dónde está?)

MIRT. Cautivo en uno de los calabozos del subterráneo.

JUL. Guardado por quién?

MIRT. Por Tomasso.

JUL. Y Donato?

MIRT. Donato ha hecho levantar la horca que destina para el infeliz pirata; y si el virey da su consentimiento, lo hará morir delante de nosotras. (Sollozando.)

JUL. Vamos, cálmate!... Sin duda habrás contado con mi piedad para salvarle, no es cierto?

MIRT. He contado con vuestros recuerdos!

JUL. Ven, quiero verle, guíame! (La lleva consigo por la puerta de la derecha. Fiametta vuelve.)

ESCENA III.

FIAMETTA.—Después GHÉBEL.

FIAM. Vamos, ya está lista la capilla. (Mirando.) Calla! No están aquí! (Entra Ghébel.)

GHEB. (Desde la puerta.) (He creido oir la voz de Mirta.) (Baja á la escena.)

FIAM. (Ghébel!)

GHEB. (Qué tendría que decir á la Condesa? Ni una ni otra quieren á Donato.)

FIAM. (Esta mujer parece que está siempre conspirando.) (Alto con una sonrisa medio burlona.)

Decid, Ghébel, me buscais á mí? (Movimiento de Ghébel que reprime en seguida.)

GHEB. Busco... á la Condesa.

FIAM. Ahora mismo estaba aquí con la señorita de Fieramonte.

GHEB. (La puerta del subterráneo está entreabierta.) (Alto.) Ha venido por ahí la princesa? (Señalando la puerta.)

FIAM. (La espía!) No.

GHEB. (Con fingida bondad.) Lo hubiese creido... Parece que estaba muy agitada...

FIAM. Por qué lo decís?

GHEB. (Recogiendo un pañuelo.) Ha olvidado su pañuelo; un pañuelo bordado por su madre.

FIAM. (Bruja.) Pues á mí me ha parecido que estaba muy tranquila, y aun indiferente.

GHEB. (Señalando la puerta de la derecha.) Sin duda han bajado á los subterráneos?

FIAM. Lo presumís, sin duda, porque esa puerta está abierta? Soy yo, que acabo de abrirla:.. Había oido ruido... Era el preso que se lamentaba... Lo condenarán pronto, no es verdad?

GHEB. A esas gentes no se las juzga, se las ahorca y nada más.

FIAM. Es claro... al fin piratas! Dicen que su capitán es muy feo.

GHEB. No, es un buen mozo á quien tú conoces.

FIAM. Yo?

GHEB. El levantino!... O el pescador que trajo el anillo á tu señora, lo mismo da.

FIAM. El?... (Pobre señorita.).

GHEB. Tal vez estarán en la capilla... Voy allá! (Vase por la derecha, mirando á Fiametta de un modo sospechoso.)

FIAM. Cómo me mira!... No deseo mal á nadie, pero si pudiese enviarla á Marruecos, lo hacía. (Llegan Julia y Mirta pálidas y agitadas.)

ESCENA IV.

JULIA.—MIRTA.—FIAMETTA.

JUL. (Mirando el retrato.) Sí, sí, eso es; no es el retrato de Scylla, es el suyo!

MIRT. Hubiérais debido hablarle, señora!

JUL. No me he atrevido... no he podido... estaba aturdida, como si una aparición!... Además, qué podía haberle dicho?... Sólo tenía un nombre en el corazón y en los lábios... Scylla! Nada más que una palabra... hijo mío!... Podía yo llamar á ese extrajero... hijo mío? Podía llamar á ese desconocido Scylla?

MIRT. Bien veis que no os he engañado.

JUL. He visto á Donato en peligro; á Donato, mi hijo, á Donato, el heredero de aquél que he amado vivo y adorado muerto! Pues bien, su peligro me ha conmovido menos que una mirada de ese hombre!

MIRT. Oh! Era que hablaba vuestro corazón!

JUL. Para convencerme de que no era efecto de un sueño, he dicho á Tomasso: «Matarías á Ben-Leil si te lo mandasen?»—«No, me respondió temblando, porque creería matar á mi amo!» Pues bien, yo le salvaré, porque creeré haber salvado á mi hijo!

FIAM. (Bajo á Julia) Señora, Ghébel está en la capilla.

JUL. (Temblando.) Ghébel! Ghébel! (Mi destino está entre sus manos!) Ve á decirla que la espero. (Vase Fiametta.)

MIRT. Quereis preguntarla?... Tened cuidado, señora; esa mujer es un enigma: Dios solamente puede leer en su corazón!

JUL. Dios, y una madre tal vez. Déjanos, hija mía. (Vase Mirta.)

ESCENA V.

JULIA.—Después GHÉBEL.

JUL. Si tiene mi secreto se lo arrancaré!... Dios me ayudará á salir de la duda y la ansiedad en que estoy. Ya viene!

GHEB. (Aparte al entrar.) Qué me querrá?... (Alto.) Me ha mandado llamar la señora Condesa?

JUL. Quería rogarte que fueses á casa del limosnero. Pero he cambiado de idea. Pareces inquieta? (Observándola.)

GHEB. Yo?... Es verdad; porque me parece que sufre la señora Condesa.

JUL. Sí. (Con intención.) Esta noche pasada he tenido un sueño que me atormenta... Crees tú en los sueños?

GHEB. Por medio de un sueño predijeron á mi padre que moriría al año siguiente, y murió!

JUL. Esta noche pasada me dormí en ese sillón. Daban las doce. Los habitantes de este Castillo se aglomeraban en esa puerta .. Todos temblaban, porque oían los pasos de un hombre de armas, y su espuela resonaba en las losas. Era Scylla. Estaba sombrío y taciturno, pero con una tristeza que la muerte nos dá. Se acercó á mí. Lágrimas abundantes se desprendían de sus huecos ojos... y me dijo: «Dónde está mi hijo?»... Hice venir á Donato y arrojarlo en sus brazos... lo rechazó con cólera, repitiendo: «Dónde está mi hijo?».. Persistí, y volvió á rechazarlo, gritándome: «Dónde está mi hijo?»... Aún me parece sentir su mano que apretaba mi mano... Qué decís á esto?

GHEB. (Haciendo un esfuerzo.) Digo... que es un sueño, señora.

JUL. Sueño extraño! Sueño terrible! Todo había desaparecido; estábamos en un sitio sombrío... el viento silbaba entre las zarzas... y el agua destilaba de las rocas!... Sobre un montón de paja, y echado en un rincón, gemía un hombre,

atado de piés y manos, pero con la frente alta y orgullosa!... La sombra tomó una lámpara y la pasó lentamente ante esa frente altanera, donde mis ojos se habían clavado á mi pesar. «Reconoce á mi hijo,» me dijo!... Era Ben-Leil! Y la sombra le condujo á mis brazos, diciéndole: «Abraza á tu madre!»

GHEB. Ben-Leil!

JUL. Mientras la sombra hablaba, permanecimos abrazados: «Es tu hijo, decía... debes sentirlo en sus abrazos, debes reconocerlo en su dicha! Sí, tu hijo, tu hijo, á quien debes defender y amar; tu hijo, que han arrebatado á tu ternura; tu hijo, á quien unos miserables han robado y elevado en su lugar al enemigo de tu raza!... (Ghébel hace un movimiento.) El enemigo de mi raza!... Un bastardo, que mancha mi nombre y que habla como amo en este palacio, donde debería servir como esclavo »

GHEB. (Dios mío! Dadme fuerzas para soportar!)

JUL. Entónces ha aparecido Donato, y la sombra lo ha degradado abofeteándolo con su espada y echándolo como á un esclavo. Qué dices tú de esto?

GHEB. (Sonriendo.) Que es un sueño espantoso y bien absurdo, señora.

JUL. No es verdad?... (Observándola.) (No tiembla! No ha palidecido!)

GHEB. Y después?

JUL. Después... (Conteniéndose.) Mi sueño se ha disipado con el primer albor del día, y he encontrado la realidad. No creas que por eso he hallado el reposo, al contrario. Yo había visto en sueños una puerta oculta en una de las paredes del castillo, y esa puerta está ahí. (Señalándola.) Yo había seguido una escalera desigual y tortuosa, y esa escalera está ahí.. Al fin de esa escalera un subterráneo, y en él un calabozo, que encerraba á un hombre cargado de hierros, y hechado sobre la paja... Yo he visto el subterráneo, he visto el calabozo, he visto al hombre...

GHEB. (Cielos!)
JUL. Y ese desgraciado se llama Ben-Leil!
GHEB. La casualidad tal vez...
JUL. Ese hombre es la viva imágen de los Scylla ..
GHEB. La naturaleza tambien es caprichosa...
JUL. Se ostenta en su frente el distintivo de los Scylla!
GHEB. Yo he visto en Calabria, en una cabaña, al hijo de un pastor que tenía una porción de cabellos blancos en la frente, y sin embargo, no era un Scylla.
JUL. Ese es un niño que han robado!
GHEB. (Con presteza.) Quién lo prueba?
JUL. (Con intención.) No ha conocido á su madre!
GHEB. Y quién sabe si miente?
JUL. Recogido en un naufragio; adoptado y criado por los piratas, ha vivido entre ellos y como ellos; pero tiene el alma de un caballero, y el corazón de un valiente!
GHEB. Habrá querido enterneceros!
JUL. Enternecerme?... Hablándome de su madre á quien no ha conocido?... He perdido acaso á mi hijo?... Busco yo á mi hijo?
GHEB. Os compadezco, señora; habeis creado una quimera que envenenará vuestra vida. (Observándola.) Pero no os dice vuestro corazón que Donato es vuestro hijo?
JUL. No. (Con entereza.)
GEHB. No le quereis?
JUL. No.
GHEB. (Con cólera.) Ah! Dudad, llorad, desesperáos... Mereceis el suplicio á que Dios os condena, madre desnaturalizada!
JUL. Tú no sabes lo que sufro hace veinte años!... Sólo Dios lo sabe!... Yo estoy pálida... pálida, con la palidez de aquél á quien han dado sepultura... pálida de mi dicha desvanecida... pero también de la duda que me mata!
GHEB. Calláos!
JUL. Ninguna mujer ha conocido mi tortura; ninguna madre la ha sufrido!... Si he querido vivir con los muertos, es porque los vivos me asustaban...

Si he cerrado mi corazón á Donato, es porque hallaba en sus facciones como un sarcasmo de la suerte, como una burla del destino!

GHEB. Calláos! Calláos!

JUL. Qué tiene de su padre? Nada; ni la voz, ni el el gesto; nada... Ni el alma, ni el corazón, ni el talento!... Si me habrán robado á mi hijo?

GHEB. Señora... Sospecharíais tal vez?...

JUL. No... Pero tú no has podido estar siempre junto á su cuna; has debido alejarte... y entónces se ha consumado el crímen.

GHEB. No.

JUL. (Continuando.) Quizás encontraste á un extraño en lugar del hijo que se te había confiado... y no te has atrevido á revelar este secreto á su madre... Mi hijo, tal vez, está ahí, en ese calabozo... va á morir!... Cuando yo puedo salvarlo!... Ah! Reflexiónalo, no me martirices con esa duda; no cargues ese crímen sobre mi conciencia! Habla!

GHEB. Donato es vuestro hijo. (Con serenidad.)

JUL. Ah! No mientas! No creas que yo te maldiga, al contrario, te bendeciré... Vamos, Ghébel, (Acariciandola.) díme la verdad.

GHEB. (Balbuciente.) Señora! Donato es vuestro hijo...

JUL. Mírame cara á cara, si quieres que te crea.

GHEB. (Serena y mirándola.) Es vuestro hijo!

JUL. Te atreverías á jurarlo?

GHEB. (Extendiendo la mano.) Lo juro!

JUL. (Presentandola el libro del reclinatorio, y abriéndole donde hay una cruz.) Sobre esta cruz! (Con alegría.) Ah! Dudas?

GHEB. (Extendiendo la mano sobre el libro.) Lo juro! (Movimiento de Julia.)

JUL. Te creo, porque sé que eres cristiana!

GHEB. (Lo había ofrecido; he ido hasta el fin!)

JUL. (Es la audacia del crímen, ó es la calma de la inocencia?...) (Se sienta; una pausa.)

GHEB. (Yendo á postrarse á sus piés y tomándola una mano.) Vuestra mano está abrasando. (Julia retira su mano.) Ya lo veis, la fiebre y el insomnio os ocasionan esos pensamientos. Venid á des-

cansar, señora... Me creeis capaz de un crímen, cuando mi adhesión por vuestra familia os es muy conocida?... He vivido por vos, y moriré por vos!

JUL. (Como hablando para sí.) Le hubiese querido tanto si me recordase á su padre!

GHEB. Os calumniais, señora! Qué sacrificios no habeis hecho por él? Habeis renunciado al mundo, y rechazado las mejores alianzas, por no arrebatarle vuestra ternura!

JUL. No era al hijo á quien yo me sacrificaba, era al padre!

GHEB. Le habeis educado con la ternura de una madre. Hombre, le habeis protegido; enfermo en el lecho, casi en la tumba, habeis pasado noches enteras á su cabecera, sombría, agitada, combatiendo el mal por la solicitud y el desinterés.

JUL. (Levantándose.) Era la caridad que velaba, era la piedad, no era la madre!

GHEB. No os creo, señora; una madre no se vanagloria de odiar á su hijo.

JUL. Sus manos están manchadas de sangre!

GHEB. Sangre?... Ah! Guardáos de proferir esas palabras, señora, porque después de haber calumniado á vuestro corazón, vais á calumniar á vuestro hijo!

JUL. (Cogiendo á Ghébel por la mano.) No es un crimen haber quemado un convento, por robar á una religiosa?...

GHEB. (Lo sabe!)

JUL. No es un crímen haber dado asilo á un proscripto y haberse aprovechado de su sueño para entregarle?

GHEB. (Lo sabe!)

JUL. No es un crímen, en fin, haber asesinado á Tecla?... Lo sé todo; uno de sus compañeros me lo ha confesado al morir!...

GHEB. Oh!

JUL. Y ese hombre es mi hijo?... Y tú has osado jurarlo sobre una cruz?... Mi hijo!... Un Favelli! Un Scylla!... Los Favelli son generosos y altivos; él es insolente y codicioso; los Favelli son

orgullosos, y miran á sus amigos ó enemigos frente á frente; él tiene la sonrisa falaz; su corazón es bajo, su mirada rastrera; corazón de hiena, mirada de traidor!

GHEB. Oh!

JUL. (Con ironía.) Se parece acaso á su padre? Se parece acaso á aquel héroe?... Sí, como el leon al chacal.

GHEB. (Dejarlo insultar delante de mí!)

JUL. Cómo vive? Del juego! de qué modo? En el escándalo y en la orgía! Quiénes son sus amigos? Cortesanos sin pudor, hombres sin fé; pasa su juventud en los garitos, arrastra su honor en el fango!... Cualquier bajeza le sonríe, cualquier infamia la acoge!

GHEB. (No pudiendo contenerse.) (Y me callo!)

JUL. Y es ese el hijo de Scylla?... Es ese el hijo que yo he llevado en mi seno? Mentira!

GHEB. Calláos! Calláos!

JUL. Hasta ha traficado con el honor de su padre!

GHEB. (Estallando.) Ah! Calláos! Yo soy su madre!

JUL. Cómo... Lo confiesas en fin?... (Con un grito de alegria.)

GHEB. (Reponiéndose) Sí... su madre; no le he criado á mis pechos?

JUL. Vete! Vete!

GHEB. Vos me llamareis, señora!

JUL. Si me has engañado, Ghébel, dejo á Dios el cuidado de castigarte!

GHEB. (Me he vendido! Será la ruina de Donato?... No... Mientras yo viva, siempre será el duque de Scylla!...) (Vase.)

JUL. (Sola.) No, ya no lo dudo; la madre ha hablado á su pesar... (Llamando.) Tomasso!... Ah! Era un grito del alma! (Llamando de nuevo.) Tomasso! Tomasso! (Sale Tomasso.)

ESCENA VI.

JULIA.—TOMASSO.

JUL. (A Tomasso.) Dónde está el prisionero?

TOM. Le he hecho conducir á la sala baja. Da pena

el verlo en este momento. Acaban de noticiarle la muerte de Bravadura y la mayor parte de sus compañeros.

JUL. Es preciso salvar á Ben-Leil!

TOM. Señora...

JUL. Salva al heredero de tu amo!

TOM. De mi amo?

JUL. Y si su orgullo se niega á seguirte, dile que soy yo, yo, su madre, quien lo manda! (Movimiento de Tomasso.) No tengo secretos para tí.

TOM. Vuestro hijo, señora!... Oh! Le salvaré, aunque me cueste la vida! (Cae el telón.)

FIN DEL CUADRO SEXTO.

CUADRO SÈTIMO.

El castigo.

Los jardines del Castillo de Scylla. Gran fiesta de noche.

ESCENA PRIMERA.

DONATO.—EL VIREY.—GHÉBEL, convidados.

VIR. Magnífica fiesta, señor Duque; es una verdadera fiesta de hadas

DON. Monseñor el Virey me confunde!

VIR. Apropósito; ya sabeis que su majestad exije que vuestra declaración sea pública.

DON. No bastan las pruebas que le he dado?

VIR. Señor Duque, debeis comprender muy bien, que el rey de España no puede colmar de honores y de distinciones al heredero de un hombre cuyo nombre sirve aún de bandera á los enemigos de España; así, pues, ese nombre debe ser rehabilitado hoy mismo en esta fiesta delante de todos.

DON. Lo será. (El Virey se aleja.)

GHEB. (Yendo á Donato.) Qué te ha dicho el Virey?

Ah!... Responde! Te lo he revelado todo, y tengo derecho á tu confianza.

DON. No podré evitar la declaración que exige.

GHEB. Entónces haz lo posible por ganar tiempo.

DON. No, mejor quiero concluir. Además, tengo tomadas mis precauciones.

GHEB. Pero la condesa puede hablar.

DON. La cerraré la boca con una palabra.

GHEB. Qué quieres decir?

DON. Qué podría responder la condesa, si viniese un hombre y la dijese: «Ese Ben Leil, á quien quieres acoger cómo hijo tuyo, ni es tuyo, ni de Scylla... es mi hijo?...»

GHEB. Y estás seguro de ese hombre?

DON. Sí... tranquilízate, mi plan es seguro. (Vase.)

GHEB. (Mejor es el mío.) (Aparecen Julia y Mirta.) Silencio! Ahí están!

ESCENA II.

DICHOS.—JULIA.—MIRTA.

GHEB. La señora condesa ha pedido de beber?

JUL. Sí, mi refresco.

GHEB. Voy yo misma á prepararlo. (Será tal vez la muerte para mí; pero será también el silencio para las dos.) (Vase.)

ESCENA III.

JULIA.—MIRTA —DONATO, los convidados.

MIRT. Está ya libre, no es verdad?

JUL. Yo misma le he acompañado hasta el golfo con Tomasso... Antes de su partida le abracé!... Ah!... Ese abrazo me ha dicho más que todas las pruebas del mundo que era mi hijo; pero tú ya no debes pensar en él, Mirta.

MIRT. En fin, ya está libre y no corre peligro alguno, no es verdad?

JUL. Ninguno. Ya estará lejos de Nápoles.

MIRT. Dios sea loado!

GHEB. (Volviendo.) Aquí está, señora.

JUL. Dáme.

GHEB. (Pone una bandeja con una copa y un frasco sobre la mesa.) (Dios me juzgará!) (Julia se echa de beber, pero en el momento de llevar la copa á sus lábios, vuelven Donato y el virey. Donato la habla, ella se detiene.)

DON. Madre mía.

JUL. (Poniendo la copa encima de la mesa.) Su madre!

GHEB. (Ha llegado demasiado pronto!)

DON. Debeis ser testigo de una declaración solemne que me imponen el respeto y el amor que debo á la memoria de mi padre.

VIR. Os escuchamos, duque de Scylla, príncipe de Fieramonte, grande de España.

JUL. Grande de España!

DON. Sí, señora. (Se cubre.)

GHEB. (La muerte no ha llegado á tiempo para ella!)

DON. (A todos.) Vengo públicamente á borrar una mancha de mi blasón.

JUL. (Qué dice?)

DON. Declaro ante todos que el duque de Scylla, mi padre, jamás fué un rebelde; que no disputó jamás los sagrados derechos de España; declaro que si un día conspiró, no fué contra ella, sino por ella!

JUL. (Pero eso es una profanación!)

DON. (Continuando.) Y la prueba de lo que digo, aquí está. (Comienzan á dar las doce.)

JUL. Las doce! La hora de tu muerte, Scylla!

DON. Es una carta de mi padre, escrita pocos instantes ántes de su muerte.

JUL. Cómo! Y no se levantará la sombra de Scylla para responder á esa infame acusación!

DON. (Enseñando el pergamino.) Hé aquí el sello de los Scylla! Señora, voy á leer.

ESCENA IV.

DICHOS.—BEN-LEIL, con el traje que llevaba puesto Scylla en el prólogo, que debe ser una armadura de guerra, y la visera del casco, echada.

BEN. Esa carta es falsa! (Movimiento general.)

GHEB. (Levantando la visera del casco.) Pero, quién eres tú?

TODOS. Scylla!

JUL. Es él!

GHEB. No, es Ben Leil!

JUL. (Corriendo, á Ben-Leil.) Mi hijo!

BEN. Sí, yo soy Ben-Leil; pero soy también Scylla!... (Señalando á Donato.) Ese hombre es un falsario, un cobarde, y yo le abofeteo con su propia infamia! (Le arranca la carta y se la arroja á la cara.)

DON. Miserable!

JUL. Bien, Scylla, has vengado á tu padre!

GHEB. Su padre!

DON. Ya tenía previsto este escándalo, señores!... Ghébel me lo había anunciado... Mi madre no está en su razón.

JUL. Ah!

DON. (Señalando á Ben-Leil.) Vuestro hijo, el hijo de Scylla?... Las pruebas, señora.

GHEB. Sí, sí, las pruebas!... Yo, que he criado á Donato, yo puedo decir más alto que nadie que esa mujer miente... sí, miente!... Pongo á Dios por testigo... que Dios juzgue y castigue á la que ha mentido.

JUL. (Ah!... Yo no tengo más pruebas que los gritos de mi corazón!)

DON. Os callais?... Pues bien, yo voy á daros una... pero una prueba viva de lo contrario! Bravadura, acércate! (Bravadura sale de entre la multitud, y se adelanta.)

BEN. (Bravadura!)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—BRAVADURA.

DON. Todos creísteis que Bravadura había muerto, cuando yo le recogí herido y ensangrentado: él me debe la vida, y de su boca vais á escuchar la verdad.

JUL. (A Bravadura.) La vida de tu amo depende de lo que vas á decir. Cuál es el nombre de su padre?

DON. (A Bravadura.) Recuerda nuestro trato.

VIR. Sabes tú el nombre de su padre?

BRAV. (Bajo á Donato.) Conseguiré mi perdón?

DON. (Bajo.) Sí; y veinte mil ducados.

VIR. La verdad! Quién fué su padre?

BRAV. Quereis que diga la verdad?... Pues señor, la verdad es, que ese hombre (Señalando á Donato.) es un solemne bribón!

DON. (Maldición!) (Admiración en unos, terror en otros y alegría en todos.)

BRAV. (Al Virey.) El infame me ha ofrecido el perdón y veinte mil ducados, si hacía traición á mi amo! (A Donato.) Guarda tu dinero y tu perdón, no los quiero! (Al Virey.) Me pedís su nombre, el nombre de su padre?... Es Scylla! El hombre que lo ha robado, que lo ha criado y educado, soy yo... Esta es la verdad. Ahora que me ahorquen.

DON. (La cólera me ahoga!) (Cae sentado al lado de la mesa.)

BEN. (Estrechando la mano á Bravadura.) Bravadura!...

BRAV. Mi capitán... (Quiere arrojarse á sus piés.)

GHEB. (Lanzándose hacia Donato que va á beber el refresco destinado á Julia. Le arranca la copa de las manos.) Donato... Hijo mío! No bebas.

JUL. Ya lo oís, monseñor.

VIR. Apoderáos de ese hombre y esa mujer. (Los soldados, que están en el foro, lo ejecutan.)

GHEB. Hijo mío, yo te he perdido!

DON. Maldición! (Desaparecen con los soldados.)

BRAV. Capitán, recordad mis consejos, ese hombre ha sido un infame, quien mal anda, mal acaba.

BEN. El hijo de Scylla os pide el honor de su padre; el pirata Ben Leil... os pide la muerte.

MIRT. (Arrojándose á los piés del Virey.) Perdón, señor, gracia para él.

VIR. La España es grande y generosa. Ella os perdona. (A Mirta.) Duquesa de Scylla, levantáos!

JUL. Hijo mío!

BEN. Madre, madre de mi alma, yo seré digno del nombre de mi padre.

FIN.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda e hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, DOS pesetas.